



—El Mónstruo.—Voy a metamortosearme.
—Agustina.—Cuando el Mónstruo haya desaparecido,
veréis más clara mi personalidad.



Retrato de la Autora

Foto GUERRI

57695

EDITORIAL ARTES GRÁFICAS GRANADINAS - SAN ANTON, 57

R 103,121

Justificación

por

Agustina González López

Alegoría caricaturesca

dibujada por la autora



Agustina González López

Opúsculo 2

Granada 1 de Abril de 1928

Queda hecho el depósito que marca
la Ley.

La autora se reserva los derechos
de edición y de propiedad.

Yo soy un libro semi espiritual. Me gusta algo lo espiritual pero no tanto como a mi hermano mayor, el caballero de "Las Leyes Secretas". Yo no soy tan exquisito como él, ni me gusta remontarme a tan grandes alturas. El por su profesión de aviador, le agrada cruzar el espacio, pero yo me mareo, y aunque desde luego pertenezco como él a la casta militar; soy militar de tierra.

Siendo gran hablador, durante la charla te contaré muchas cosas, y cuando no sepa de qué hablarte, te contaré intimidades familiares; la gran cuestión mía es no parar, si me viera muy apurado, te pondré al corriente de secretos que te interesarán.

Lector, si eres de los que van y vienen a Puerta Real, tres veces por una noticia, no te digo sino que leas con interés.

El Libro.

LA PORTADA

La portada me representa tal como me vé la cámara del fotógrafo Guerri, Carrera del Genil, 46. Es un fotógrafo artista, pues siendo yo un mal modelo para fotografía, él ha conseguido la mejor que hasta el día presente consiguiera fotógrafo alguno. ¡Es justicia! Sabe tratar la luz a estilo Bembrandt. (Pablo Bembrandt, célebre pintor de la escuela holandesa, nacido en Leiden, siglo XVII).

LA CONTRAPORTADA

La contraportada, también me representa a mí; pero en forma de monstruosidad social, la que ha creado en torno mío, la fantasía popular. Un monstruo como para asustar a los niños. Como estoy al detalle de todo, he dibujado esa alegoría, que es la caricatura moral de todas las fantasías, que tú, pueblo granadino, me has colgado; si incurro en alguna omisión, será de tu reciente invento; más no debes de olvidar, que el interesado, es el último que se entera. Te ruego por tanto dispenses la omisión si la hubiera.

Este humilde libro que es una charla, entre nosotros, lo dedico a mi patria chica, al pueblo granadino, a mis paisanos y para reconciliación. Si hablando francamente no os agradara, dispensar, mi intención es justificarme y justificaros a vosotros.

LA AUTORA.

CAPÍTULO I

Los malos serán buenos por egoísmo

En el opúsculo anterior, que es el número uno de esta colección que consta de sesenta, el que lleva por título «Las Leyes Secretas»; en él te hablaba de la Ley Secreta, la Ley de Acción o del Karma, y en éste debo esclarecerte aunque no sea más que un punto de los muchos que te habrán parecido oscuros, sobre todo si no estás iniciado en las teorías de la filosofía racionalista espiritual.

La filosofía racionalista, se divide en dos ramas; racionalista material y racionalista espiritual. Todo lo que humanamente no se puede explicar materialmente, el racionalismo, busca su explicación espiritual; pero por la clara percepción de los sentidos, y de modo que se pueda enumerar y distinguir en cada caso, sus cualidades, causas y efectos.

Los hombres malos, serán buenos por egoísmo; pues el malo, suele ser sobremanera egoísta; cuando el hombre perverso, se dé cuenta de que el bien del prójimo, es el suyo propio; empezará a colaborar socialmente por el bien de todos.

Hasta aquí venía diciendo: «al prójimo, contra una esquina». Sabiendo el hombre que sus reencarnaciones son sucesivas y que semejan al día y la noche; (que la noche, es la vida, y que el día, es el período de descanso entre una y otra existencia), sa-

biendo que ha de pagar daño, por daño; al que siembra ortigas, nunca le nace trigo. Así como la naturaleza material, nunca se niega a sí misma; del mismo modo, la naturaleza espiritual, responde: al que siembra el bien, le nace el bien multiplicado; y al que siembra mal, le nace el mal multiplicado. Caminamos a oscuras por el sendero de la vida, todo porque perdemos la noción o el recuerdo de nuestros hechos pasados en reencarnaciones anteriores. Aunque en el opúsculo anterior dejé bien aposentada esta base, no estará demás repetirlo. Todo cuanto yo diga al malo será poco, si después de repetirle la verdad, se niega a comprenderla. Nos conviene ser buenos para laborar nuestra futura felicidad en esta existencia y en las sucesivas.

—Te voy a contar un ejemplo, de un hombre malo, que hoy es un convencido.

Este hombre malo se llama Lluses. El pensaba,—yo no tengo que ver nada con los otros, allá cada uno con sus quejas al viento.—Se reía del pobre, se mofaba del tullido, menospreciaba al ignorante y blasfemaba del hombre vicioso en vez de compadecerlo, haciéndolo el blanco de sus miradas despectivas. El era vicioso, pero decía: «en mí el vicio es disculpable, yo soy rico».

Este mismo hombre llamado Lluses, cuando conoció la ley del Karma, ya es otro muy diferente.

—Yendo de Granada a Madrid, me encuentro en el comedor del tren, a mi amigo Justiniano, que ahora está destinado a Sevilla y él iba de Sevilla para Madrid. Ocupamos una mesita para los dos y después de terminar de almorzar, como habíamos entrado a segunda vuelta, nos es permitido ocupar el comedor un buen rato; pedimos una copa de chartreux verde y una botella de agua de solares y emprendemos la charla, mientras el tren atravesaba las llanuras de la Mancha. Ya durante la comida nos habíamos preguntado por las respectivas familias, y los respectivos quehaceres cotidianos, y yo le interrogué sobre Lluses, a quien en Valencia, habíamos ambos conocido.

Justiniano, me había conocido en Valencia, y habíamos entablado una noble amistad, pues ambos tenemos afinidad de ideas. Yo le pregunté, si había vuelto a ver a nuestro compañero de mesa, en el Hotel Inglés de Valencia.

—Comíamos en la mesa Justiniano, Lluses, su esposa, su

hija, y yo, y aún quedaba cubierto para otro; eran las grandes fiestas de Valencia, la aglomeración de pasajeros hizo que nos sentáramos los cinco en la misma mesa y claro que los dos o tres primeros días casi ni hablábamos; pero al de cuatro, ya emprendíamos largas conversaciones. Hablábamos de cosas superficiales; el resultado espléndido de la batalla de flores, por ejemplo, que en Valencia, aquel año los premios de carrozas eran diez y siete y unos cuantos más para carruajes. Encomiábamos las carrozas valencianas que no son hechas de papel ni trapo, que son construídas de flores de diversos colores y de conjunto muy artísticas. Del calor que hacía en aquellos días, los primeros de Agosto, y ya de un calor sofocante.

Poco a poco fuímos tomando confianza, emprendíamos nuestras discusiones, entre todos; pero el que más discutía siempre era Lluses, un hombre que emprende la discusión antes de escuchar razones, cierto que es un intransigente; Lluses, emprendía la discusión apenas se iniciaba cualquier idea. Sostuvimos, Justiniano y yo, grandes y largas discusiones con él, y Lluses, se reía de nuestro idealismo.

—Una de las máximas de Lluses, era ésta: «El hombre que no aspira a ser más de lo que es, es un cerdo».

—A Justiniano y a mí, nos pareció bien esta teoría dicha así superficialmente; pero entrados a desentrañar en ella, tenía este por fundamento. El hombre debe engañar al prójimo cuando menos siete veces todos los días y explotar la ignorancia de los demás, para hacerse rico a costa de la humanidad. (El malo da mal consejo, y el bueno da buen consejo; aquí se requiere la sabiduría del que escucha).

Desentrañada ya la teoría, no nos parecía bien ni a Justiniano, ni a mí. Y Lluses, se enfadaba. ¿Es que ustedes piensan que no es una ciencia la de hacerse rico? Verán ustedes, yo exploto la ignorancia de los demás. He inventado una sustancia, que la primera materia me cuesta en kilo sesenta céntimos, como el vehículo que lleva dicha sustancia es el agua, pues a embotellar se ha dicho; una vez elaborada la sustancia química, embotellado, etiquetajes, propaganda, viajes y demás, me cuesta unas ochenta pesetas por kilo y una vez envasado, vendo el kilo a tres mil pesetas.

—Inquiríamos nosotros si era de suma necesidad.

—El nos decía que era de una necesidad relativa, y que lo vendía como la estabilidad del cloro. ¿Qué no hay tal estabilidad? ¡A mí qué me importa! Con tal que haya cloro mientras viva la persona a quien yo le venda las botellas, lo demás a mí no me interesa, lo principal aquí es que yo me ponga millonario.

—Pero si ya lo es usted.

—No importa; quiero más.

—Según me dijo Justiniano, vendió después su receta y se retiró de toda explotación comercial.

—Lluses nos preguntaba. ¿Es que no representa arte esto de desvalijar a la humanidad.

—A sus preguntas mi amigo y yo nos mirábamos asombrados de la debilidad de Lluses, en comunicarnos su secreto profesional.

No extrañábamos lo que nos decía porque lo habíamos vislumbrado, y sí que estuviera confirmando nuestros juicios con respecto a su conducta social.

—Tengo que advertirte, que Justiniano, es un gran operador sugestionista y yo ciertamente no me quedo atrás en estas cuestiones, así que por nuestra expresa voluntad, nos fué poniendo en antecedentes de todo lo que estaba en el fondo de su alma, poniendo de manifiesto ciertos secretos, que después nos rogó que le respetáramos.

Pensaba yo, que es una ciencia y un arte el ponerse rico en la forma que él lo hacía; pero que para eso es necesario tener la conciencia dormida. Como de habérselo dicho, hubiera comenzado a discutir a voces, llamando la atención de los señores que comían en las mesas contiguas.—Me callaba.

—Justiniano, pensaría lo mismo y guardaba también silencio.

—Se desesperó Lluses, por nuestro silencio, protestó y acabó por tratarnos de tontos a los dos.

—Justiniano se enfadó, porque Lluses, nos trató de imbéciles a los españoles; dijo que nosotros somos bobos, que no poseemos el arte de engañar. Hay algunos españoles listos, pero son los menos, la mayoría se dejan engañar con facilidad y como en este mundo no existen más que dos bandos, que son: engaña-

dores, o engañados; pues a ustedes les toca siempre el papel de engañados.

—Lluses, entre otras cosas es un hombre ostentoso, le gusta mucho lucir alhajas de gran tamaño y valor, grandes, muy grandes y esto a mí me ha dado siempre la impresión, de que era un anuncio de joyería. También la presencia de Lluses, me producía una sonrisa incontinida, por razón de que su tipo es grueso y barrigudo, que es precisamente, el tipo de hombre que menos seduce a las mujeres.

—Entre que yo me sonreía y que el otro se enfadaba, excitamos de un modo a Lluses, que nos insultó.

—Justiniano le llamó grosero y le hizo la advertencia de que siendo yo una señora, me tratara con descortesía.

—Viendo su señora y su hija, que no era bueno que dos hombres riñeran por causas sin importancia, intervinieron para endulzar la conversación y yo les ayudé.

—Corté la discusión, poniendo paz entre ambos. Le dije a Justiniano, que aquella discusión me recordaba las muchas que había yo escuchado en Granada, en donde la mayoría de las gentes me calificaban de loca; que estaba tan habituada a las malas calificaciones, que la apreciación de Lluses, respecto a que fuera tonta, no lograba enfadarme.—Usted cree que soy tonta. ¿Verdad? Pues para la gente de mi tierra soy loca. Ahora que yo estoy en el secreto y por eso hasta el día presente, ni me he vuelto loca ni tonta.

—Lluses, rectificó; nos rogó que lo dispensáramos. Pidió una botella de champagne para obsequiarnos y terminó por invitarnos a dar un corto viaje en su yate. Fuimos a Gandía, visitamos el pueblo y regresamos a Valencia la misma tarde.

A bordo les conté el secreto porque Justiniano, hizo hincapié en que lo contara y yo por desviar más los motivos de la discusión, accedí. También me halagaba revelarles el secreto, puesto que llevaba muchos años de serlo y a veces nos pesan los secretos, como molesta un objeto innecesario.

Pondré un ejemplo: Cuando no había electricidad, un quinqué, era un objeto preciso; tenía exposición, podía inflamarse y originar un incendio; pero había que tenerlo por la utilidad del alumbrado. Ahora que está la electricidad reinando, a nadie se

le ocurre tener en su casa un quinqué, no sólo por lo expuesto, sino por lo inútil. El quinqué ha pasado a ser una anticualla propia de baratillo y a mí secreto le ocurre lo mismo.—¿A qué callar por más tiempo?—Ya va rectificando la opinión y para ayudar a esa rectificación, te voy a dar una explicación que servirá para reconciliarnos, más antes de ravelarte mi secreto, te voy a decir el origen de la conversión de Lluses, que ahora es caritativo y amable.

—En el párrafo siguiente te revelaré el secreto, como se lo revelé a mis buenos amigos, durante nuestro corto viaje por mar.

—Justiniano, me dijo que cuando yo me ausenté de Valencia, él siguió cultivando la amistad de la familia Lluses, y que al año siguiente, habían muerto la señora y la hija por una epidemia de gripe. Ya, cuando yo me marché, era Lluses, un convertido y creo lo seguirá siendo.

Me dice Justiniano—si usted lo hubiera visto, no lo hubiera conocido.

—El señor Lluses es un convencido de que hay una Providencia oculta, que premia al hombre de buena fe, y que castiga al hipócrita, pues al fin y al cabo los malos que ocultan su maldad, bajo el manto de la hipocresía, solo se engañan a sí mismos.

Dice el refrán: «que a cada uno lo coge el demonio, por su flaco» y yo te digo, que Dios, que está presente en todas partes, no desperdicia ocasión de amarrar corazones.

Verás cómo se convenció Lluses, de que más allá de la materia, existe una eternidad; de que más allá del hombre, existe un Dios invisible que «está en todas partes, por esencia, presencia y potencia». (Palabras del catecismo, católico, apostólico, romano).

Este hombre materialista hasta la saciedad, no creía en la existencia de Dios, ni en el más allá de la muerte; creía solo en la materia, en lo palpable; como el materialista también llega a la exaltación, la de Lluses consistía, en haber creado para sí, ídolos de carne y hueso, sus ídolos eran dos mujeres, su esposa y su hija.

A su esposa le decía con frecuencia: ¡Eres mi Dios! Y cuen-

ta hoy Lluses, que cuando le decía: ¡Eres mi Dios! Una ráfaga luminosa encendía las miradas de su esposa, con atracción sobrenatural y que en estos momentos, él se postraba a rendirla culto. A su hija le decía lo mismo, pues más que amor de padre, sentía adoración por ella.

Llegó la muerte sigilosamente y le arrebató a las dos durante una epidemia. Entre la muerte de la hija, que aconteció primero, y la muerte de su esposa, solo mediaron días. Viéndose muy rico, pero sólo en el mundo, y sin sus ídolos, volvió este hombre los ojos dentro de sí y recapacitó.

¡Hay Dios! Puedo dar testimonio de que lo he visto, en los ojos de las que ya no existen. Desde que ellas desaparecieron de este mundo, no he vuelto a ver a Dios.

A mí no me extraña, que por esto se convirtiera Lluses, pues dice Dios, en su más sacro libro: «En igual forma que los hombres acuden a Mí, Yo los acojo a ellos; cualquiera que sea la senda que ellos sigan, aquella senda es la mía».

Aún la senda del materialismo, es también la senda suya. ¿Porque, quién sino El, creó la materia?

Yo no extraño, que diga Lluses: «Doy fe de que hay Dios, yo lo ví asomarse a los ojos de aquellas dos mujeres que la muerte me arrebató».

—Justiniano, me refirió esta pequeña historieta, que yo concibo perfectamente. Creo que a Dios, le es posible asomarse a los ojos de aquel ser a quien tomamos como ídolo, puesto que mora en la conciencia del hombre, y como ésta a su vez radica en el corazón, qué de extraño tiene que suba a los ojos, median-do del corazón a los ojos, tan poca distancia.

—A tí, tal vez te parezca cierta esta historieta, pero para ello es necesario que hayas vivido algunos momentos, con la tristeza de lo infinito.

—¡Qué despertar más amargo, el de la idolatría de la materia! Y muchos son los hombres, que pasan por este horrible despertar. La ausencia o la muerte del ídolo, postran al hombre, cuando desaparece la subyugación; y más que a un hombre, se le puede comparar a un autómatas, sin alma y sin deseo. La ausencia del deseo, deja al hombre quieto, que se mueve solo a instancias de los que le rodean, pero con pesadez. *Parálisis del*

simpatía, cuerpo eléctrico o motor de los deseos. Durante estas crisis, el hombre está en un gran desfiladero; lo mismo puede elevarse moralmente, que descender a la más vil condición: depender de los que lo rodean, de aquí la conveniencia de buena conpañía en todo momento.

CAPÍTULO II

Locura social

La *locura social*, consiste, en que el señalado como loco, está cuerdo, y que la sociedad en que vive no lo comprende y por lo mismo lo juzga mal. Pero casi siempre esta *locura social*, tiene una causa origen del desarrollo de los acontecimientos sucesivos.

Todo efecto tiene sus causas y mi *locura social*, tiene naturalmente las suyas muy particulares; voy a revelarte mi secreto a título de justificación. Si después de conocer mi secreto, insistes en lo de la *locura social*, puedes decir con tranquilidad: «Tengo la cabeza dura».

En realidad mi secreto, hoy no tiene importancia, siendo yo una mujer de treinta y seis años, y con amplias facultades para desenvolverme en la sociedad. Se trata de una travesura de mis trece abriles, que mayormente te interesará porque tú, si has nacido en la ciudad de la Alhambra, como buen granadino, eres en este pleito, Juez y parte.

—En mi opúsculo anterior dije, que había dos clases de locura; esto reservándome la tercera clase de locura, no sólo para no embrollar tanto, sino para comunicarte ahora la más interesante de todas ellas, la más incomprendida y la más injusta.

Las dos que indiqué en el anterior opúsculo, eran la locura

física y la locura espiritual; ambas locuras, yo las sabía distinguir perfectamente; pero no las hubiera expuesto, sin el asentimiento de persona más autorizada que yo, previa consulta con un catedrático de la Facultad de Medicina de Granada, el cual me contestó afirmativamente y me dijo más:

—«Si señora, es cierto que existen la locura espiritual, y la locura física, y que son diferentes sus manifestaciones, pues delinque la materia y delinque el espíritu. Por un informe que hice yo, ante un Tribunal de Justicia, acerca de un caso de locura espiritual, me regalaron cinco mil pesetas, los familiares del paciente. Ya ve usted si yo soy partidario de esa teoría.»

—No te digo quien es el catedrático, porque no he consultado con él y a lo mejor mi buen doctor, no quiere ser retratado en este opúsculo. Si verdaderamente te interesa saber quien es el catedrático; ya te enterarás.—Indaga.—Granada es un pueblo grande y todavía quedan en él muchas costumbres de antaño. Cuando menos lo esperes, te lo dice la portera de tu casa o cualquier otra persona de la vecindad. Tal vez ¡y sin tal vez! Cuando este opúsculo vea la luz, ya será un secreto a voces y el nombre del catedrático, lo conocerá toda la ciudad. Debo decirte de este doctor, que es un caballero, un hombre de buena conciencia y por añadidura muy inteligente.

—La tercera clase de locura, es la *locura social*; esta locura es mucho más escasa, (que la padecen contadas personas) quiero decirte. Esta locura se manifiesta en el error de los otros. Y esta locura la vengo yo padeciendo veintitrés años. ¿Hace un rato, verdad? Pues bien, voy a definírtela todo lo mejor que pueda, aunque me parece que la descripción va a salir perfecta, como vivida por mí día por día, y veintitrés años tienen, ocho mil trescientos noventa y cinco días.

Claro que todo efecto tiene su causa y debo contarte la causa, para que puedas comprender bien los efectos, o las consecuencias, mejor dicho. Son veintitrés años de sufrir impertinencias, que creo es una condena, que ya merece el indulto general.

—Una tarde de Diciembre del año mil novecientos cinco, estaba yo de visita en casa de unas señoras amigas mías y de mi familia, (señoras muy buenas y muy trabajadoras); atareadas las tres, en unas labores que tenían que presentar, me dijeron:

que se quedaban velando hasta las dos y las tres de la madrugada.

Yo le dije a una de las tres hermanas, con la que tenía más confianza.

—Esta noche vengo yo sola, a las doce, a hacerles a ustedes compañía. Claro que mi amiga se rió mucho y me tomó a broma aquello que le decía.

Me picó su risa el amor propio ¡Y vaya un bicho, que es de mordedura venenosa!

—Madrugada... Esta sencilla palabra era para mí como una bruja encantada. Yo estaba deseando ver las calles de madrugada. Como una verdadera imbécil, me había enamorado de lo que dice el cantar:

«Cambiates noche por día,»
 »Valiendo la noche más,»
 «Hazte cuenta que cambiates,»
 «Plata fina, por metal.»

El mayor de mis hermanos, es aficionado al cante flamenco o cante jondo, como le llaman los clásicos. Cantaba la dicha copla, unas cincuenta veces por día; a mí no me gustaba el cante jondo, sólo me fijaba en la letra del cantar y como la letra es venenosa, me envenenó con su mentira.

—Pregunto. ¿Ha habido nunca fiscales para la letra de los cantares populares? ¡Cualquiera se fija en esas nimiedades,—diréis vosotros.—¡Nimiedad, nimiedad, cuantas amarguras me has hecho padecer!

Inocentemente, me figuré que era verdad lo de la copla, porque al escuchar el cantar, daba yo rienda suelta a mi fantasía imaginativa; formada en esa literatura torcida, malsana y torpe, que leen los niños; a la que denominan cuentos, periódicos y pasatiempos para niños, y que denominada con propiedad, debería llamarse: cuentos, periódicos y pasatiempos, para imbéciles.

Como los gigantes de siete metros de altura que sólo tenían un ojo, los encantados y fantasmas, las brujas y los duendes, los gnomos y los castillos fosforescentes, y otras tantas mentiras de los cuentos, no las había yo visto de día; pensaba siempre que

se manifestarían en la noche. Qué ilusión poder vivir ese mundo diferente, que por una incomprensión de los mayores, ven las imaginaciones de los pequeños; en toda esa literatura morbosa, a la que se haría justicia fiscalizando escrupulosamente, en forma de que no se salvara más que aquella que elevara los conceptos del hombre, de la familia y de la sociedad.

—Pregunto. ¿Por qué no se censura la literatura dedicada a los niños? Cerebros tiernos, en donde es más fácil grabar la ciencia escueta, la alteza de miras, los pensamientos nobles y de pureza acrisolada. Los niños tienen el alma sana y con esas lecturas mentirosas, se pone su alma enferma.

—Alucinada por los cuentos y por la letra del cantar, dando rienda suelta a mi fantasía; veía yo como una realidad vedada, lo del encanto de la noche, y estaba deseando, y para lo que los momentos me parecían horas; quería salir de noche, lo más tarde posible, a ver si podía ser a las cuatro de la madrugada.

Pero, claro que no. Que no salía ninguna noche. Antes de las ocho o al oscurecer, ya estaba en casa de regreso del colegio y no volvía a salir hasta el día siguiente.

En casa, nos hemos acostado siempre a las diez de la noche, como una costumbre tradicional. ¡Granadinos legítimos!

—Granada es una ciudad, que ni se acuesta tarde, ni se levanta temprano. Lo primero es una virtud y lo segundo una inercia mal entendida. Está bien acostarse temprano, esto es un ritmo en armonía con la naturaleza, pero levantarse tarde para el trabajo, es manifestar la flojera a estilo moruno.

—Había un gran inconveniente para salir de noche, estábamos aún de luto por mi padre. El luto en las familias españolas, mejor dicho, en las familias granadinas, (por lo menos en la época que yo refiero), era casi exclusivo, o como si dijéramos, para señoras solas. Mis hermanos, tíos, primos y demás parientes, habían ido al teatro y otras diversiones; el elemento femenino (mi mamá y yo), no habíamos puesto un pie en la calle por la noche. Esta privación, era causa de mi deseo; junto con la fantasía del cantar, la creencia en la realidad de la literatura infantil y la picadura del amor propio. Todo junto determinó en mí un estado de decisión, no vivido hasta aquellos momentos.

Le dije a mi amiga que iría, segura ya de que iría: excuso

el decir que yo insistí en apostar con ella y que ella rehusó mis apuestas. Yo estaba segura de que saldría aquella noche, mi decisión me lo dictaba, todo era estudiar un plan, para salir sin ser reconocida.

—Aquella noche me quedé leyendo como muchas otras. Ya había yo obtenido el permiso de mi mamá y de mis dos hermanos mayores, para leer y estudiar hasta la hora que quisiera, solía acostarme tarde; dos o tres horas después que todos los de casa, incluyendo las criadas. A mis dos hermanos mayores no los tenían que esperar, ellos tenían llave de la puerta de entrada.

Hubo un tiempo en que más que prohibirme que leyera, me perseguían tanto mi mamá como mis hermanos, para que no leyera; en ocasiones me formaban una discusión hasta por coger un papel en mis manos para envolver algún objeto, ellos creían que era para leerlo y me lo arrebataban, celosos sin duda de que fueran lecturas deshonestas e inconvenientes. Lo único que me dejaban leer era los cuentos, creo que no me quedaba cuento que a los trece años no hubiera leído. ¡Qué ironía! Con la prohibición de la lectura, sólo conseguieron interesarme por ella. Como en las luchas vence siempre el más fuerte y sobre todo el que sabe esperar, llegó el día que me concedieron de grado el permiso para leer lo que quisiera (después de varios consejos familiares), mi mamá formaba concilio con mis dos hermanos y ellos solían consultar con los hermanos de mi difunto padre.

—Aquella noche memorable, vísperas de Nochebuena, diez y ocho de Diciembre de mil novecientos cinco. Aquella imborrable noche, me quedé a leer la Anatomía Descriptiva. Me había prestado la Anatomía, un amigo de mis hermanos, estudiante de Medicina; un libro tan voluminoso y para mí tan interesante. Me agradaba sólo la lectura de las ciencias, ya fueran estas ciencias oscuras o ciencias exactas, y el teatro antiguo y moderno.

Un mes próximamente duraban las vacaciones universitarias y tenía que devolverle el libro, aquel amable amigo de mis hermanos, que me prestaba libros de Medicina, con la intención de halagarme y con las miras particulares de excitar mi simpatía.

—Más tarde me declaró su amor, y le dí unas calabazas,

que no le supieron a confite, y ya naturalmente, dejó la amistad de mis hermanos y de prestarme libros.

Estaba yo enamorada de un muchacho, esto que silenciaba por cortedad, pues la mujer española no tiene derecho a declarar su amor, fué la causa de muchas calabazas que repartí por aquel tiempo. No es extraño que fuera cortejada a los trece años, porque a esa edad, tenía la misma presencia física de mujer que hoy tengo. Mi estudiante, cursaba sus estudios fuera de Granada; contaba yo los días que le quedaban al invierno, para poderlo ver durante las vacaciones del verano, y los días que faltaban para las Navidades, que eran las dos temporadas que él pasaba en su casa al lado de su familia.

Todos los días pensaba en él más horas de lo reglamentario, (quiero decirte, que también en los ensueños lo veía). Cuando pasaba por debajo de mi balcón mirándome, me ponía pálida y temblorosa; esta emoción me avisaba de que aquel hombre era el dueño de mi amor: que se malogró por la estúpida intervención de una criada, que para sacarle propinas, fingía cartas que figuraba escritas por mí. De esto me enteré varios años después, cuando él ya estaba casado. Este fué el motivo de que yo desdeñara a cuantos jóvenes me cortejaron durante mis años de mocedad.

—Aquella inolvidable noche, no leía yo con la atención ni con los sentidos puestos en el libro, como es mi costumbre, cuando me interesa la lectura.

Una idea extraña cruzaba por mi pensamiento, como una ráfaga luminosa, alucinante.

Quería leer, más ningún tema anatómico me interesaba de momento. Cambié de temas: del estudio de los cinco sentidos, pasé a las fibras nerviosas; de éstas, a los párrafos de obstetricia; y nada, no me distraía la lectura. Cambié de libro. El Prometheo Encadenado, tampoco me distraía. Cambié otra vez de libro. Esta vez elegí el Poema Colón. Y nada, no pude reconcentrar el pensamiento en la lectura.

Tuve un momento de indecisión. El que antecede a todas las grandes resoluciones.

—Me descalcé para no hacer ruido, me vestí de hombre con el traje de uno de mis hermanos, cogí la llave de la casa y me salí a la calle.

Sería próximamente la una de la madrugada, la gente subía por la Acera del Casino, de regreso de la última representación teatral de Cervantes, y nadie se fijó en mí; supuse que bien disfrazada, me confundía el público con un muchacho imberbe.

Calle de San Jacinto abajo, desemboqué en la Ancha de la Virgen, donde vivían mis amigas, me situé en la esquina de enfrente, silbando los nombres de las tres hermanas, lo mejor que pude. Momentos después las ví asomarse entre los visillos, ir de un sitio para otro con nerviosidad y por último cerrar los postigos de todos los balcones de aquellas habitaciones que caían a la calle.

Comprendí que mis amigas tenían miedo y me retiré. Pero ya tenía yo una señal para convencer a la que se negó a apostar. Pensaba decirle: ¿Ve usted cómo cumplo lo que digo? Y sentí una satisfacción equivocada. ¡La satisfacción engañosa del amor propio satisfecho y regocijante!

Seguí recorriendo el barrio de la Virgen; desemboqué en el Paseo del Salón, que estaba bastante oscuro y de regreso subí por la Carrera del Genil.

Al llegar al Campillo, un policía de la secreta me detuvo con la palabra, no me sujetó.

Yo me paré con serenidad. Voy a mi casa.—Le contesté.

—¿Lleva usted armas?

—No señor.—Saqué la llave de mi casa y se la mostré.—No llevo más que esta llave y dos pasteles.—(Los acababa de adquirir en la confitería del Campillo).

—¿Usted los quiere?

—Gracias. Lo que quiero es que haga usted el favor de retirarse a su casa. De lo contrario voy a tener que detenerle.

—Sí señor. Ahora mismo me retiro si usted me autoriza.

A todo esto nos rodeaban al policía y a mí; los cocheros que hacen la parada en la Carrera, un sereno y otros dos o tres hombres, que yo no sé qué destino tenían.

—Puede usted retirarse, a condición de que se marche a su casa.

—Muy bien.—Dí las gracias y las buenas noches.

En vez de subir por la Acera del Casino, crucé el Embove-

dado siguiendo por la del Puente de Castañeda, a la calle de San Antón, desde luego que con idea de despistar.

Cuando me retiré del grupo que se había formado en torno mío—oí decir.—Es una mujer, pero es valiente.

—Tal vez esté asechando a su marido.

Algunos cocheros querían seguirme, más el policía los contuvo.

—Dejarla. No lleva armas y parece que no le animan malas intenciones.

El policía no me cacheó. Tuvo la delicadeza de conformarse con mi palabra.

Yo me apresuré a sacar el forro de todos los bolsillos, y le convencí prácticamente de que no llevaba armas; por lo demás creo que después de hablar conmigo, vista mi tranquilidad; quedaron más en duda sobre si era una mujer o un muchacho.

Yo tuve un momento de reflexión, midiendo el peligro que resultaba, y la afrenta, y el escándalo; si me llevan detenida por ir disfrazada de hombre. Y consideré la imbecilidad mía, de exponerme a un peligro tan grande, por la curiosidad y por aquella estupidez del amor propio.

El amor propio es la degeneración del sentido común y la personificación de la soberbia; uno de los mayores errores que existen, al que está más expuesto el hombre que la mujer. ¡Algo había de estar en favor de las mujeres!

—Vista la soledad de todo el barrio de la Virgen, por todas las calles transversales a la de San Antón y las paralelas y afluentes ambulé, llegué cerca del matadero, subí por unas calles y otras y ya no me tropecé un alma.

—La noche estaba clara y muy estrellada. El único encanto que encontré, fué el brillo y el guiñar de las estrellas. Aquí considerándolo serenamente, podía haberlas contemplado sin peligro, desde la azotea, sin exponerme al gran compromiso que me expuse.

Las brujas que encontré en aquella inolvidable noche, fueron las estrellas del cielo, por las que siento admiración profunda; son las que me hablan con más elocuencia del más allá de la muerte y las que me suelen inspirar mis mejores pensamientos.

Tal vez que no a muchas reencarnaciones atrás, fuera mi

destino el de astrónomo, según la afición que tengo a la Geografía Astronómica. Cuando estudiaba en el colegio de Santo Domingo, siendo de edad de siete años hasta poco más de nueve, (dos años y unos meses) duró mi internado en dicho colegio, ya a esa edad, celebraban las monjas mi buena disposición para el estudio de la astronomía. Las estrellas son las únicas que suelen inspirarme cuando en la soledad del campo, en noche clara, me dedico a la contemplación de ellas; en la elocuencia del silencio, con sus centelleos desmienten mis pensamientos, si abismada pienso en la tiranía y crueldad de los hombres.

—No es verdad lo que piensas, cada uno de ellos lleva dentro un héroe, un mártir o un santo; pero las circunstancias marcan a cada hombre la trayectoria que ha de seguir.

—No estaba yo completamente desilusionada. Aún podía encontrar algún rincón de la ciudad, en donde hallara el encanto de la noche que decía el cantar.

Y ambulé por toda la ciudad, evitando en lo posible las miradas de los serenos y las de los transeúntes, muy escasos por las calles céntricas, mucho más conforme iba avanzando la noche. Calle, por calle; rincón, por rincón; recorrí la ciudad de un extremo a otro y terminé por desilusionarme completamente.

Lo único que dejé de visitar, fueron los jardines de la Alhambra, que aunque tristes de noche, tienen el encanto de la poesía natural, que prende en el alma de aquellos que como yo, admiran la naturaleza.

Vaya un viaje que he echado. Ni gigantes de un ojo, ni encantados, ni fantasmas, ni brujas, ni duendes, ni gnómos, ni castillos fosforescentes; todo mentira, qué embusteros son los mayores. Las calles desiertas, con poca luz, un poco de frío y nada más. Ni la mala fortuna, que aparece entre las doce y la una. El encanto de la noche es un mito, todos los cuentos de niños son mentira.—La única impresión que saqué, fué la de que el amor propio, es una estupidez y una insensata brabuconada.

—Cuánto dañan a los niños los cuentos fantásticos y lo peor es que nadie se ocupa en revisar esa literatura, como si los niños no fueran nunca a llegar a ser hombres. ¡Qué abandono!

—Entré en mi casa muy cerca de las cinco de la madrugada. Me quité los zapatos para no hacer ruido, y medí el gran

peligro que suponía para mí, el que la familia se diera cuenta de mi ausencia durante aquellas horas. Subí las escaleras con más arte que un ladrón; nadie me sintió. En el segundo piso me quité el disfraz y coloqué la ropa en su sitio. Respiré normalmente, pensando que ya había terminado mi aventura y que quedaba fuera de peligro.

Tenia yo mi habitación en el tercer piso interior, que no se ve desde la calle. Mientras me desnudaba pensaba yo en las palabras de un gran viejo, que me dijo siendo yo muy niña: «Cuando descubras una gran mentira, comienzas a conocer una gran verdad: porque los hombres vistieron de máscara a la realidad de las cosas».

Me acosté tranquilamente, confiada en que marchitada una gran ilusión, nace una nueva esperanza. Con el cansancio del largo paseo, me dormí, rendida como estaba. Al día siguiente me levanté tarde.

—¡Pobre de mí!—La mala fortuna que corre de noche entre doce y una, se hizo mi compañera inseparable, más como es un fantasma invisible, tardé mucho tiempo en darme cuenta. Aquí comienza la tragedia de mi *locura social*.

Me levanté tan tarde, que al bajar al primer piso donde estaba el comedor, hallé la familia almorzando. Comentaban mis dos hermanos y mi mamá, que el vendedor de peros, que tenía instalado el puesto enfrente de casa (que suelen instalar y aún es costumbre en Granada, en vísperas de Nochebuena), que había visto entrar a uno de ellos la noche anterior a la media noche, casi de madrugada. El uno decía: «Yo me acosté temprano». Y el otro, decía lo mismo.

—Yo estaba turbada. No sabía qué decir ni qué hacer. Sin apetito, porque la discusión de mis hermanos me había paralizado el apetito. (*Parálisis general del simpático o cuerpo eléctrico*; habiéndome sentado a la mesa con apetito, a causa de la impresión, perdí instantáneamente el deseo de comer).

¡Qué grande es la discreción del silencio! ¡Cuánto valor tiene en ciertos momentos el saber disimular!

Yo indiscreta, ni guardé silencio, ni fingí que comía. Intervine en la conversación para complicarla en esta forma: Dije que era un ladrón, que la noche anterior le había yo visto en la car-

bonera escondido y que le reduje a obediencia. Que lo había yo convencido de que se marchara sin robar.

«¡Y aquí fué Troya!» Se levantaron de la mesa. Llamaron al vendedor de peros, inquirieron las señas del individuo que había visto salir de madrugada.

Comentaron el hecho entre los vecinos y ensalzaban mi valor hasta el infinito.

Unos, lo atribuían a milagro.

Otros, a que el ladrón es cobarde. Cada uno daba su parecer con arreglo a su criterio.

Pero se complicaba el asunto, puesto que el vendedor de peros, lo que había visto era entrar al ladrón.

—Me acosaban a preguntas. Me fastidiaban hasta la saciedad. Cansada de mentir, porque no me gusta. Pensaba yo, que ya había que sostener la mentira. Y me repugnaba toda conversación sobre el asunto, pero no tenía otro remedio que seguir mintiendo o declarar la verdad.

Mis hermanos y mi mamá, personas sencillas, fáciles de engañar por mí, que nunca les había mentido. La niña es sincera —decían— y luego como el vendedor había visto entrar a un sujeto. Creían.

—La maledicencia de las gentes complicó el asunto, que no se hubiera complicado de quedar en familia. Un policía que consultaron los vecinos, dijo: (mal pensado), que tal vez algún pretendiente de una de las criadas... y cosas por el estilo, se comen-
taron a centenares, cada uno conforme a su pensar.

Mi familia asustada mandó poner cerrojos, pestillos, candados y trancas de madera en todas las puertas, pues algunos vecinos opinaban, que los ladrones, podían repetir la hazaña.

Yo deseaba, que una epidemia dejara mudos a los que hablaban del asunto, hasta que hubieran olvidado el embuste. Yo los dejaba a ellos acabar de urdir el embuste, y cada uno le daba el color que quería, y ya en aquellos días, cada uno lo contaba de diferente manera. Se les desató la lengua, en vez de quedárseles parálitica. Fué todo lo contrario de mi deseo. Seguían aco-
sándome a preguntas; yo por tener descanso, les rogaba a unos y otros que lo contaran ellos. Ya digo que se mintió en esta historia, algo más de lo regular.

Ensalzaban mi serenidad y se vanagloriaban de la debilidad del ladrón.—¡El ladrón es cobarde!—Decían todas las vecindonas, criadas, peinadora, costurera, entrantas y salientas de casa.

—¡La niña es valiente!—Y me formaron un fantasma de valor y matonería, que me ha perseguido juntamente con el de la *locura social*, que he padecido hasta este momento, si tú comprendes lo que quiero explicarte. Esta *locura social*, la padecieron algunos personajes importantes, aunque muy modesto, prefiero contarte el caso mío, pues si para los de fuera no tiene valor, tú le darás la importancia del paisanaje, ya que hemos llevado el padecimiento a medias. Para librarte de este padecimiento, descorro el velo del pasado y te presento la verdad.

Excuso el decirte, que no creo en los valientes; si todos los valientes son como yo, mi valor nació, de una gran cobardía.

Lo valiente hubiera sido, contar la verdad de los hechos; pero no tuve valor para confesar la verdad, pensando que me acarrearía grandes perjuicios sociales, sin comprender que los que me estaba forjando eran mayores.

—Cansada de mentir y como no sirvo para urdir embustes, me fingí loca; no hablaba y me fingía distraída, volviendo la espalda a los que me dirigían la palabra. Esto que tal vez a otra chica le hubiera sido difícil, a mí me resultó sencillo. Estuve sin hablar dos días y claro que ellos empezaron a dudar de mi razón, comprendieron en mi silencio algo anormal.

—¡La impresión la ha perturbado! Los sustos no salen al momento!

Un caso de locura en uno de mis progenitores, se tomó en consideración. Es frecuente entre los médicos, atribuir la locura como herencia consanguínea, creen que es un microbio de la sangre, que se hereda como el cáncer y la tuberculosis. Yo misma opino de esa forma, porque no se puede negar que sea un microbio congénito o adquirido, mientras los doctores químicos, no nos descubran lo contrario.

—Yo adopté este sistema. ¡Claro está, que fué debido a mi poca experiencial! No midiendo el alcance que tendría.

Ahora veo claramente que era misión. Misión que he cumplido durante veintitrés años, lo mejor que me ha sido posible.

Esta misión era difícil de llevar y consistía en escuchar a

todas horas el dictamen de todos, hay que tener en cuenta, que los más cuerdos, no se levantan todos los días de buen humor. ¡Si me hubiera exaltado, más pronto caigo en la trampa! Así que mi labor ha sido de persuasión y paciencia. Todos estábais a la expectativa de las locuras que tenía que cometer.

Os conformábais con decir: Se le ocurren cosas como a los cuerdos.

Yo os contaré sin ambages la verdad de las características de la *locura social*, porque vosotros los granadinos, sois en este pleito, Juez y parte.

La principal característica de esta *locura*, es que la alucinación, los trastornos y el malestar: los padece la sociedad, no el sujeto. El sujeto padece el desprecio de la sociedad y las burlas de los menos piadosos.

El que no revienta, como me ha pasado a mí, sale beneficiado.

Mi única distracción ha sido el trabajo. Prefería trabajar silenciosamente; porque toda defensa oratoria hubiera sido contraproducente. Descansaba cambiando de trabajo: si atareada en el intelectual, llegaba a aburrirme; lo cambiaba por un trabajo manual que fuese más sencillo y para el que no se requiriera esfuerzo de imaginación; si la monotonía del manual conseguía hastiarme, resurgía mi ánimo cambiando éste por el imaginativo. Al calor del trabajo he vivido y se ha templado mi carácter.

Como tenía permiso y libertad hasta cierto punto, he procurado siempre no rebasar ese cierto punto; y con esta disciplina social he salido ganando. Nunca me he permitido ni aquellas licencias, que le son toleradas en ciertos días del año, a las señoras de la buena sociedad: por la abstinencia he llegado al estado actual, en que para mí sería tan fastidioso acudir a un baile de máscaras, como asistir a un velatorio.

En general, las fiestas que señala el calendario me predisponen al mal humor, me parece una bobería divertirse porque lo mande el almanaque; en cambio me gusta pasar un rato de recreo todos los días paseando al aire libre. El día que no salgo parece que me falto algo y es cierto que me falta, el aire puro en los pulmones.

Soy materia disciplinada y dispuesta al sacrificio. ¡Lástima

que los tiempos no me permitan el sacrificio absoluto, por alguna causa justa que beneficiara a la sociedad. Más yo estoy alerta y puede que algún día haga algo de provecho para todos: si no hago nada o hago poco, mi intención es la mejor y ella me salvará.

Las circunstancias mandarán.

Quisiera que en un abrir y cerrar de ojos, el mundo se transformara en el mejor paraíso, daros a todos la felicidad; aunque sé de muchos de vosotros que quisiérais que yo reventara.

Pero es el caso, que no reviento, sino por el contrario estoy gorda de satisfacciones, pues mi mayor satisfacción es cumplir con mi deber y lo cumplo.

Vosotros con vuestra obstinación y con tan gran disciplina, habéis modelado en mí este espléndido carácter: me habéis hecho independiente, sin licencia; grande, sin orgullo; y humilde, sin baja.

Podéis seguir murmurando, yo escucho con la misma serenidad vuestras alabanzas, que vuestros vituperios: más pienso de vosotros. ¡Qué lejos estáis de mí!

Desde luego que estoy conforme con la misión que he soportado, y lo que deseo es que la segunda parte sea menos cruel, y de más provecho para todos.

Si vosotros me ayudais, yo sola poco o nada he de poder. Emprendamos una cruzada, encaminada a desterrar la apatía en provecho de nuestros semejantes y en el nuestro propio, que el bien que hagamos a ellos, es el bien nuestro.

Tengo fe humana, creo en vosotros y creo también en mí. Espero rectificaréis en bien de todos.

Me lo han dicho las magas de la noche, hablé con ellas desde el Cielo Bajo. (Una de las vistas de la Alhambra, al pie del Cubo, en donde las luminarias de la ciudad de Granada, se confunden con las estrellas de la noche, pareciendo éstas la prolongación de aquéllas). Tengo fe en ellas; las estrellas no mienten; las magas de la noche, no saben mentir y me han dicho que rectificaréis.

—Yo quiero ayudaros a rectificar, por eso os cuento el origen de esta mi *locura social*.

—Llevaba dos días sin hablar, y en vista de ello, una de las

primeras diligencias que se llevaron a cabo, fué llamar al doctor. Lo era de todos mis parientes y de casa, D. Fermín Garrido Quintana.

Recuerdo la situación como si estuviera pasando de momento. Estaba yo de pie, delante del piano que había en el gabinete de casa, y D. Fermín entró muy ligero y me preguntó:—¿Vamos a ver? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Yo rompí el mutismo—y le contesté: No tengo nada. No me pasa nada.

Tenía un secreto, que no podía contarle, se me quedaba atascado en la garganta. Por embustera y por cobarde. ¡No cabe duda que mi silencio en aquella ocasión, fué una cobardía, que aún no me he perdonado! D. Fermín, es un hombre muy discreto y me hubiera ayudado a salir del enredo. Perdida esta oportunidad, no se me presentó otra.

D. Fermín, me pulsó; se fijó en la serenidad de mi mirada y dijo en alta voz:

—«¡Esta niña no tiene nada! ¡Está completamente bien!»

—Se retiró de mi lado. Lo que habló después con mi familia, nunca he pretendido averiguarlo. Seguramente saldría a relucir el caso dado en un antecesor de los míos.

No sé si por orden de él, me acostaron en la cama de mi mamá, que era grande, de las llamadas de matrimonio.

Me dormí como una bendita. A la mañana siguiente me vestí, sin acordarme de momento, de la gran tragedia que comenzaba. Apenas se dieron cuenta, hicieron que me desnudara; mejor diré me desnudaron y me volvieron a acostar. Yo obedecí. Aquí empezó un calvario que no puedo recordar sin melancolía.

—La tarde de aquel mismo día, vino a prestarme asistencia, una hermana de mi mamá. Me dió unas friegas de piernas con agua muy caliente; una gallina se hubiera podido pelar en aquel agua. Yo aguanté el dolor lo mejor que pude. En aquellos momentos, hubiera aguantado con estoicismo, hasta el ser quemada viva; mi vida comenzaba a ser muy triste. Tenía el corazón abrasado por la pena, que es mucho más grande, que abrasarse en llamas.

—Estuve tentada a confesar la verdad varias veces. Medí los acontecimientos y comprendí que era tarde.

Ya solo podía sumar el escándalo a la locura, con lo que hubiera amargado doblemente a la familia. Preferí callar, porque seguramente los comentarios, las desconfianzas de todos. Habían falseado tanto la historia del ladrón, que no tenía fuerzas para luchar de nuevo. Preferí callar, por esa educación estrecha, que se daba a las muchachas de mis tiempos.—Ya parece que en estos aspectos, la vida social va cambiando.

Uno de los motivos que me obligaban a callar, era el criterio propio en el concepto del honor.

He creído y sigo creyendo, que del honor de una mujer no se debe hablar; es mejor no discutirlo, porque en la discusión, hasta la defensa: ofende. El hecho de discutirlo, aunque la voz sea en defensa, la misma discusión, entraña desconfianza. Le presta argumento al malo, para acumular falsos testimonios y aumentar la difamación.

Los defensores se extinguen a la larga, cansados de romper lanzas en la defensa, si es que no se tornan adversarios.

—Muchas personas, católicas, apostólicas, romanas, discuten en defensa, el dogma de la Concepción Inmaculada, yo creo en él por fe divina, y me parece lo mejor no discutirlo.

Veinte siglos han pasado, con todo y siendo la madre del Dios hombre, aún no se libra de la calumnia. ¡Si oyérais a los hebreos hablar de María!... Esa raza que es su sangre. Con razón dijo Cristo: «Todo profeta»... El fué el Rey de los judíos. De aquí la palabra INRI que vá encima de la cruz, (que en son de burla pusieron los mismos que lo sacrificaban). Mientras el mundo entero se rinde al cristianismo, los hebreos no creen en él y aún esperan al Redentor.

Por fe divina creo en Dios, y en su poder, y que al poderoso, le es posible crear lo sobre humano y lo divino, por esta fe, creo que el dogma de la Concepción Inmaculada, es invulnerable.

Nunca me extrañé de que lo discutieran los adversarios, pero en cambio me parece blasfemo oírlo discutir a un católico, apostólico, romano.

—Voy a seguir las huellas de mi anterior narración.

—A fuerza de obediencia y paciencia, pasando una vida

contrariada en todo momento, transcurrieron los primeros años de este karma mío de la *locura social*.

Entraba el año mil novecientos seis: este y el año siguiente, los pasé en obedecer ciegamente los mandatos familiares, que ellos interpretaban este cambio de carácter, en el sentido, de que una de las facultades que había perdido, era la voluntad propia: arto me costaba obedecer, siendo de carácter independiente y nativo en mí el deseo de autonomía.

Habiendo padecido tantos años y tanto, cuando ya mi familia estaba percatada de que no estaba loca o por lo menos que había sanado de la enfermedad.

Al cumplir la mayor edad y tras largo período de persuasión, conseguí el permiso para viajar sola, a lo que aún no he renunciado; pues estas huidas de Granada, han sido los períodos lucidos, de mi *locura social*. ¡Que descanso! ¡No escuchar tantos despropósitos!

Cuando decidí salir sola, se desbordaron las pasiones. ¡Todos me censuraban! Paseando por la calle escuchaba una multitud de disparates, comparadas unas opiniones con otras. ¡Como para ir al manicomio de haber hecho caso!

—¡Qué mujer más hermosa!

—¡Si está local!

—¡No te acerques que te pega un tiro!

—¡La mujer de más talento que hay en Granada!

—¡Qué lástima!

—¡Todas debían ser como usted!

—¡Estas locas son las que me recomiendan los médicos!

—¡Qué rara vá!

—¡Qué elegante!

—¡Qué fachosa!

—¡Como se le hinchen las narices!

—¡Me está usted haciendo más falta, que un trajecito de invierno!

—¡La madre no la debía dejar salir sola!

—¡Dicen que pinta!

—¡Mamarrachos pintará!

—¡Loca de atar!

— ¡Si todas las mujeres fueran como esta, otra suerte sería la nuestra!

— ¡Qué foell!

— ¡Viste bien!

— ¡Con la falta que me hace a mi una mujer como esta!

— ¡Por menos apedrean algunas!

— ¡Qué sombrero!

— ¡Trae para ella las modas directamente de París!

— ¡Qué palo más bien dado!

— ¡Esta es una mujer y no la suciedad que tengo yo en mi casa!

— ¡Está de remate!

Etcétera, porque de seguir no acabaría nunca. A cada paso una opinión distinta. Chicos y grandes, pobres y ricos, se encontraban con derecho a expresar lo que sentían a mi paso por las calles y plazas. Todos pensábais de mí en alta voz, yo en cambio pensaba de vosotros sin proferir palabra. ¿Quién tenía más razón?

—El mundo parecería un manicomio suelto, si todos nos permitiéramos la libertad de pensar en alta voz.

Esta es la principal característica de la locura. Si los locos pensaran, sin hablar lo que piensan, pasarían por cuerdos. Es más cuerdo, el que más calla.

Como el pensamiento recibe ondas constantemente y de diversos temas, el hombre más sabio de la tierra, nos parecería loco, si pensara en alta voz.

Lo mejor es analizar las palabras y coordinar las ideas antes de enunciar un pensamiento, ya sea éste hablado o escrito.

De lo contrario, muchas veces se dice lo que se quería silenciar.

Lo más parecido a un manicomio, era un carnaval al antiguo uso, porque la careta daba al hombre licencia para pensar en voz alta. Ahora el carnaval es más correcto y menos loco, porque las máscaras, sólo llevan careta por determinados sitios y sólo en esos sitios el hombre dotado de careta, se permite pensar en voz alta, más con cierto recato por si después es reconocido.

No perderíamos nada con que desapareciera esa fiesta del

todo. En los carnavales antiguos, era una excepción el día que no ocurrían dos o tres crímenes, escándalos, insultos en la vía pública que la envidia desataba, bastonazos, carreras y sustos. Todo ocurría, porque el hombre se permitía la locura de pensar en voz alta.

—Día llegó, que las gentes, me dieron libertad de hacer aquello que me pareciera mejor.

Yo hacía prevalecer mi resolución con el silencio.

Pero no cesaban de hablar en voz alta.

—Esta hace lo que quiere, ni está loca, ni mucho menos, ahora que el qué dirán, se lo echa a las espaldas.

Poco a poco me fueron dando permiso unos y otros para salir sola, llevar puesto lo que quisiera, ya fuera moda atrasada o adelantada. Todo lo consigue la constancia; pues lo que en principio se censura, más tarde la costumbre lo tolera y la comprensión aplaude muchas veces lo que motivó discusiones y acaloros.

Mi trabajo me ha costado, pero ahora me ven pasar y se callan. En las luchas vence siempre el más fuerte y sobre todo el que sabe esperar. El tiempo deja caer las cosas en su sitio.

Ahora las señoritas estudian, pintan, escriben, trabajan, salen solas y no está mal visto; yo que siempre he roto filas, no me negaréis, que en muchas de estas causas he hecho el Cristo. Ya pasó.

¡Cuántas veces que sonreía, mi corazón lloraba! Hoy no siento ni tristeza, ni dolor, ni me llora el corazón. Estoy conforme con mi suerte y agradezco que lo pasado no haya sido peor.

Esta paliza social que me habéis dado, ha disciplinado mis oídos para escucharos con la misma indiferencia, las maldiciones y las bendiciones; las alabanzas y las ofensas; he perdido por completo el deseo de la defensa y el amor propio huyó de mí. He salido ganando, mío es el triunfo.

Sé guardar ecuanimidad ante el amigo y el enemigo; nitidos son mis seis sentidos, ante el honor o la afrenta y mis ojos no lloran, ni en la alegría, ni en el dolor. (También la alegría produce el llanto, en las personas débiles).

Fuerte era, más vosotros me habéis hecho de acero templado. Ya victoriosa, gano la batalla final rompiendo el silencio y

todas las lanzas de los que peleábais en favor o luchábais en contra de mi *locura*.

—Ahora no os valdrá decir: «Yo siempre la defendí». Os conozco a todos muy bien: pensábais en alta voz, y yo atentamente escuchaba; habla la boca, de lo que abunda en el corazón; repito que os conozco a todos, porque vosotros mismos me habéis dado motivo para conoceros. Desde el que me muestra ante su hijo de corta edad y le dice que yo soy el bute u otra cosa de más miedo, hasta aquel que defiende la teoría, de que yo soy una mujer perfecta.

Ni lo uno, ni lo otro; soy sencillamente una mujer natural, sin afectación, ni hipocresía, ni mentiras, ni dobleces. Me salió tan mal el primer embuste y la primera hipocresía. (La historia del ladrón). Desde entonces me he pronunciado contra la mentira, y la hipocresía, y he dicho la verdad de todo y ante todos.

Más diciendo la verdad, nunca me creyeron.

Por lo observado, es que no se estila hablar con sinceridad.

No guardo odio a mis enemigos, pero prefiero apartarme de ellos, para que no traicionen mi sinceridad.

No deseo honores; pero considero injustas las afrentas.

Hasta los deseos más sencillos los rechazo, considerándolos perturbadores.

Prefiero la soledad, a falta de una amable y sincera compañía.

Mi manera de ser me es agradable y comprendo que aunque llegara día que no tuviera albergue ni que comer, con un pedazo de pan y una taza de café puro, lo que puede alcanzar el más pobre, sentada en cualquier rincón soñador de la ciudad, ante la vista de un buen paisaje, me consideraría feliz y muchos hombres me envidiarían; pues lo envidiable es tener buen genio y saber amoldarse a las circunstancias.

Me gustan sobremanera las perspectivas bellas y los bellos paisajes de grandes horizontes.

Ante la vista de ciertos paisajes que veía cuando viajaba, el mundo me parecía ridículo y pequeño, mi alma se asfixiaba por falta de horizonte.

¡Viva mi tierra, que en esto la echo a reñir con la más co-

losal! Los paisajes de Granada, para mí son los más bellos del mundo. Que dispense el que se ofenda o que rabien los envidiosos, yo digo lo que siento.

—Un día me dice un amigo que es millonario: «Mi madre se me ha muerto, mi padre también; en la vida he pasado todas las malas situaciones, que un hombre puede pasar, sólo me falta una. No le tengo miedo a nada: sólo le tengo miedo a quedarme pobre».

Este hombre en realidad es más pobre, que uno que gane de jornal cinco pesetas y las gaste en el día, sin miedo del mañana. En no faltando lo necesario hasta el último día, lo que quede otro lo ha de poseer.

Por encima del dinero está la salud del cuerpo y la del alma. La vida vale poco, pero la salud vale más que las riquezas. Un hombre enfermo de cuerpo o enfermo de alma, es un estorbo en su familia y en la sociedad.

En realidad es un hombre muerto, un hombre sin fe.

Por encima de la salud corporal, está la del alma sana, que espera siempre que lo necesario no ha de faltarle, mientras trabaje y mientras viva; el trabajo es la salud, y la vida, y la honradez del hombre.

Dichoso el que no se afana en atesorar riquezas, cuando el hombre muere, su fortuna otro la ha de heredar y este es el que se ríe del enfermo de espíritu, pobre avaro, que atesoró riquezas para su sucesor.

Nunca me consideraré pobre acompañada de este buen genio y animado carácter, que Dios me dió para saber vivir.

Nunca me consideraré rica, si llegara a alcanzar millones; pues mis empresas imaginativas, y mis ideales de reforma, y de construcción en favor del niño, del hombre, de la familia, de la sociedad y del mundo entero; son tan grandes, que sería irrisoria cualquier fabulosa fortuna para empezar.

Me conformo con lo que poseo, y disfruto cada día sin glotonería, y creo el único resorte para vivir con tranquilidad, ambicionar para sí menos de lo que se pueda alcanzar y saber administrarse aun con escasos recursos.

De fantasear con el pensamiento, lo que se debe desear es el bien de todo y de todos: el pensamiento se trasmite a los

demás, por medio de las ondas pensantes, y prende en las inteligencias, de los que ricos de poder o de riquezas, pueden sin esfuerzo, mejorar la condición de los hombres y los destinos del mundo.

CAPITULO III

Feminismo práctico moderado

Más tarde y al amparo mismo de mi *locura social*, que los de mi familia calificaban de tranquila y también las personas de mi trato, pues mi carácter amable me ganaba las simpatías de todos; me fué dando cierta licencia para pensar y obrar a mi libre albedrío. Con un tacto que me aconsejó la práctica, siempre medí mis pasos en forma comedida.

—Era y soy feminista y empecé «a predicar con el ejemplo», en lo que entendía que era el feminismo lógico. En esto del feminismo, creo firmemente que la mujer tiene que ganarse por su propio esfuerzo, los puestos que pretenda ocupar.

Trabajando incesantemente y elevándose por méritos indiscutibles, que si bien se le regatean en un principio, después la costumbre los tolera y más tarde la comprensión los aplaude.

Una de las cosas que aborrezco, es la holgazanería. Siempre me dió rabia la mujer de tocador: la eterna coqueta, que toma como trabajo mirarse al espejo, sin tener en cuenta, que en los años de vejez se vuelve un traidorcillo; cuando ya las arrugas y demacración han transfigurado su rostro, la mujer comparando sus fotografías anteriores, con su fisonomía, no parece la misma, ni siquiera una parienta suya.

He cuidado mi persona en sentido de higiene y de salud,

que muchas personas confunden con la coquetería y con la elegancia.

La higiene por mucha que sea, aun extremándola, nunca es demasiada.

En una gota de agua sucia hay multitud de microbios, una vez acabadas de lavar las manos, si cae en ellas una gota de agua sucia. ¿Puede parecer coquetería si se vuelven a lavar?

Por costumbre higiénica, desde hace muchos años, me desinfecto las manos con alcohol perfumado, después de lavármelas.

Si por motivos de higiene vistes de limpio diariamente. ¿Puede esto parecer coquetería?

El buen hábito, es el que hace distinguir la costumbre higiénica, de la coquetería.

Una mujer que cepilla todos los días sus cabellos, adquieren éstos un brillo y buen aspecto, que no consiguen las lociones de tocador.

La elegancia no se adquiere coqueteando ante un espejo, son necesarias la educación estética y sobre todo la higiene, que conserva y embellece más que los afeites de tocador, digan lo que quieran los anuncios de perfumerías. Con los afeites se consigue un rostro químico, pero nunca un rostro físico; conseguir el efecto de una careta, en vez de una cara. Por muy virtuoso que sea un hombre, poco encanto debe encontrar a un rostro químico.

La sencillez y la higiene, hacen parecer bella y elegante, a la mujer que va siempre limpia, y que con arreglo a la moda, se viste guardando tres normas a la vez. La honestidad, la higiene y la adaptación a su tipo.

Las ropas, ni tan largas que barran las calles y recojan microbios, ni tan cortas como la moda actual. Una cosa es llevar la falda corta y otra muy diferente es llevar media falda. Dentro de las modas, hay siempre patrones, que embellecen más a unos tipos que a otros. La falda corta embellece a las delgadas y afea a las gruesas: las delgadas con falda larga, parecían palos vestidos; las gruesas con falda corta, parecen toneles con basamentas; después de que van descaradas, sólo consiguen excitar la risa. Las mujeres robustas y bien formadas, que no excitan la

risa, pero que excitan la lujuria, están mejor con la ropa semicorta, que es higiénica y no es provocativa.

Ocho días debe emplear la mujer, para pensar en la indumentaria de todo el año. Dos para las ropas de invierno, dos para las de primavera, dos para las de verano y dos para las de otoño; si bien es verdad que durante esta estación, puede utilizar las que le sirvieron en primavera.

Una hora para el aseo diario de la mujer, lo demás del día y de sus años, debe emplearlo en trabajar en algo de provecho para ella, para su familia y los extraños.

Todos los trabajos a que se dedica el hombre honrado, puede ejercerlos la mujer, sin menoscabo de su honestidad; la mujer debe abstenerse de ejercer los empleos deshonorosos, que denigran al hombre. Este es mi criterio escueto.

Siendo feminista con un sentimiento acendrado y con un claro concepto del verdadero feminismo, veo con agrado el progreso y desenvolvimiento independiente de la mujer.

Creo es buena hora de que el hombre labore por la causa feminista. Comprendo perfectamente que el hombre por incomprensión, no simpatice con el feminismo; pero los más beneficiados son los hombres.

Si el hombre es nieto, hijo, esposo y hermano de la mujer. ¿No será éste partícipe de los beneficios de ella?

¿Por qué más de media humanidad femenina, ha de vivir a expensas de los recursos y del trabajo, de la otra escasa mitad de humanidad masculina? (A causa de las guerras, hay más mujeres que hombres). Es peor lo que acontece. Muchos hombres que tienen que sostener lujos en su propio hogar, por imposición de su esposa, ven con amargura que en el hogar de su madre y de sus hermanas, falta lo necesario. Y si a esas madres y a esas hermanas, la sociedad siendo más piadosa, y mejor organizada, les hubiera dado un modo honesto e independiente para ganarse el sustento. ¿No estaría evitada toda la amargura de los hombres?

¿Y cuando el caso es más directo? ¿No pensará el hombre con desesperación, en la injusticia social que se comete con la mujer? Este caso que es la inutilidad del padre de familia, por cesantía o enfermedad, imposibilitado para el trabajo. ¿No pen-

sará con pena en lo acertado de habilitar a la madre de familia, y a las hijas, a un trabajo honroso, y lucrativo, que les librerá de la miseria y del deshonor en los más de los casos?

Desgraciadamente cuando el hombre cabila en estos problemas, ya no suelen tener remedio. El hombre por imprevisto y la mujer como víctima resignada, cometen los muchos crímenes sociales, los que no quiero enumerar, porque multiplicados y elevados a potencias, llegaríamos al número inconmensurable, puesto que reunidos son inconmensurables.

No me refiero a los crímenes de puñal y pistola, refiero los crímenes de vejación, infamia y pobreza, que acaban con familias enteras, apuñaladas de hambre, y a jironazos de honor: colocada la mujer entre dos espadas en caso de necesidad, no encuentra sino la oferta galante, con menoscabo del honor; o la condenación a miseria y con ella, la de toda la familia que de su regazo depende. Es que si sus hijos son tres, cuatro o cinco varones. ¿No comparten con ella la miseria o el deshonor? ¡Si la comparten y a veces las dos cosas a la vez!

Es imposible que la mujer en una hora determinada, improvise un oficio, ni una carrera; para librar a la mujer de esta imprevisión y peligro social, es necesario que el padre de familia, se preocupe a su debido tiempo; de poner a sus hijas en condiciones ventajosas lo mismo que se preocupa de los hijos varones. No digo con mayor interés que a ellos, porque tengo muy adentrado el sentimiento de igualdad; pero por lo menos con la misma solicitud que presta en crearles a los hijos varones, un modo independiente de subsistir para lo que atañe a ganarse el sustento.

Ningún padre quiere que su hijo sea deshonesto ni ladrón; pues lo mismo debe querer para su hija, lógicamente pensando.

—Voy a cambiar el tema del feminismo por otro, porque como siga por este canto, te voy a parecer una chicharra del mes de agosto.

CAPITULO IV

Definición del verdadero socialismo

Con respecto a ideales políticos y sociales, soy de los que caminan por la derecha de la izquierda: no me agrada obstruir el paso de los que regresan, cuando yo subo; ni de los que suben, cuando yo retorno.

Habrás visto, que cuando por una misma acera se guarda orden de ida y vuelta, no se forma aglomeración ni se obstruye el paso; esto mismo ocurre con los ideales políticos y sociales.

Soy socialista de corazón firme, aunque pertenezca a los de cooperación.

Hay socialistas verdaderos y socialistas falsos, que yo particularmente y en tono festivo, los llamo socialistas de cartón, para distinguirlos de los verdaderos.

Llamo de cartón, a los que no son o sin saber lo que es el socialismo, quieren a toda costa defenderlo, con lo que hacen más daño que beneficio.

Te voy a definir el concepto del socialismo, porque me parece que has oído hablar de él y no te lo han definido bien.

—Escribo a la vez para tí y para un señor canónigo, que un día en presencia de un abogado, un ingeniero y otros varios señores, me interrogó.—«¿Quiere usted decirme, lo que es el socialismo?»—Le dije que le daría la definición en una carta, pero

me es más grato y cómodo hacer aquí dicha definición. Ya haré que llegue a sus manos este libro.

—Los socialistas son los magos blancos por excelencia. Su obra no es de destrucción, sino de eficacia.

El verdadero socialista, vela por sus intereses a la par que por los ajenos, aunque muchas veces cede la vez a los ajenos: ayuda al débil, levanta al caído y defiende al indefenso, más nunca retrocede. Es de perros andar y desandar el camino.

El verdadero socialista, considera tan cobarde no cumplir con sus deberes, como no defender sus derechos; aunque muchas son las veces que cede sus derechos en beneficio de un tercero, por transigencia y en evitación de mayores males. Se deja engañar.

Usa su libre albedrío para elegir el bien de todos, pero antes procura distinguir el bien, para no equivocarse.

«No hagas aquello que premeditado, repugne tu conciencia; porque la duda y la repugnancia, te delatan que es obra mala.» Este es un consejo socialista.

Trabaja incesantemente sin esperar recompensa y se da por satisfecho si no le pagan con ingratitud.

Siempre vigilante, puesto que lucha por causa ajena y es el blanco de todas las iras; pero su defensa es siempre razonable y benigna. El socialista no utiliza la venganza.

De todos los credos, el socialista es el más quijotesco, filosóficamente considerado. Este socialista es el verdadero.

El socialista falso, el de palabrería, es el enemigo del socialismo, aunque él pretende siempre aparentar lo contrario. Como es de cartón, le cae agua y se desmoldea, lo abres y está hueco por dentro, si acaso tiene un poco de flato u aire viciado.

Este socialista de cartón que te estoy nombrando, es el que pide mucho y habla más, pero para que no lo entiendan. El buen socialista no pide ni quiere nada para sí, habla poco y trabaja mucho.

El falso hace todo lo contrario, con su ademán, con su gesto y con su verbo, saca a relucir un socialismo embrollado, y por esta causa los extraños desconocen el verdadero socialismo.

Proletario y socialista, no son una misma cosa: el proleta-

rio, es el obrero; el socialista, el hombre ideal que defiende la causa obrera o cualquier otra causa social siendo justa. También hay muchos obreros que pertenecen a las Agrupaciones Socialistas, que son otros tantos quijotes; los primeros en figurar en los comités de huelga; los más perjudicados a la hora de las represalias de los patronos; sobre los que caen las responsabilidades de los movimientos societarios; mientras los más se favorecen, ellos son los sacrificados, porque muchas veces por la falta de unión, pierden sus puestos en las fábricas.

Las Agrupaciones Socialistas, tienen vida autónoma, dentro o fuera de las Casas del Pueblo, en donde casi siempre tienen secretaría aparte para su propio funcionamiento.

Las Casas del Pueblo, son congresos o parlamentos particulares, en donde los obreros tienen voz y voto; dándoles permiso el presidente de la mesa, y siempre que presenten ruegos, preguntas o interpelaciones, que concuerden con el asunto a tratar en las asambleas, donde se delibera acerca de la buena marcha de la causa obrera. El obrero afiliado defiende sus intereses egoístamente; el obrero socialista, defiende antes los intereses de sus compañeros que los suyos.

El socialista que no es obrero, defiende desinteresadamente los intereses proletarios, esperando solo la indiferencia o el desprecio de los obreros, una vez que estos han conseguido sus propósitos.

Proletariado y socialismo, son autónomos y diferentes entre sí, aunque tengan mucho contacto y aunque los que desconocen estas dos causas, lo crean una misma cosa.

Ahora queda otra fase del socialismo y esta es la gran obra social benéfica, que ejercen los hombres, particularmente a su unión de sociedades.

La obra social benéfica, más saliente en España, durante el año pasado, ha sido el desempeño de ropas a las familias necesitadas. Haga la obra, quien la ejecutare, es un socialista. Doy las gracias en nombre de los beneficiados.

Es un socialista consumado, todo hombre bueno que ejecuta un bien social: ya sea fundar una escuela, un instituto o una universidad; un sanatorio, un hospital o un orfanato.

Estos señores que se les denomina filántropos, son la fa-

ceta del socialismo de mayor lucimiento; son los que brillan como la estrella solar en la constelación socialista.

Después hay otra categoría de socialistas más modestos, que son los de cooperación; aquellos que ayudan a los filántropos a consumir y engrandecer su idea y su ejecutoria, entusiasmas que si no aportan su dinero (porque no lo tienen) cooperan con su esfuerzo personal. Por esto son socialistas de cooperación.

Entre el socialista y el societario, existe la misma diferencia, que entre el filántropo y el beneficiario. La sociedad en general distingue al filántropo, del beneficiario; pero al socialista defensor de la clase obrera, lo confunde con el proletario y con el revolucionario.

El socialismo verdadero es puro, limpio y desinteresado; resiste las grandes tempestades y el crisol social.

Definido a grandes rasgos, este es el socialismo que yo conozco y que tengo por verdadero.



CAPÍTULO V

El comunismo y los comunistas

El comunista verdadero, de sobra sabe, que el comunismo no es lo que el vulgo cree.

El comunismo, no es tampoco lo que ahora impera en Rusia, aunque digan los rusos que son comunistas.

El comunismo, se impondrá insensiblemente, poco a poco, por persuasión y por amor. Nunca por la fuerza. ¡Oirlo bien! ¡Nunca por la fuerza y menos por la guerra civil!

La tiranía bolchevique que actualmente impera en Rusia, es la deshonra del comunismo: peor es la tiranía de los ineducados, que la de las clases elevadas dotadas de moralidad.

Allí no hay comunismo, existe un poder autoritario como en los tiempos de los Zares; ahora les tocó el cambio de mano; en vez del Zar, mandan otros que se dicen representantes del pueblo ruso; pero son los mismos perros con collares de pinchos y los anteriores gastaban collares de piedras preciosas, que excitaban la envidia de los ambiciosos.

La nación que actualmente se haya más cerca del comunismo verdadero, del comunismo ideal, es el pueblo norteamericano. Este pueblo va a la cabeza del comunismo, aunque el que allí reina es un comunismo inconsciente. Allí está germinando, en estado naciente se haya, pero él llegará a la plenitud social.

Algunas repúblicas del Sur de América, también se aproximan algo al comunismo inconsciente, que podemos llamar primario, pero sobre todos está el pueblo yanki.

El alma de Benjamín Franklin, alienta el corazón del pueblo que sigue sus huellas. El fué su libertador y sigue siendo su ejemplo. Benjamín Franklin, aquel gran hombre de buena fe, que le puso rieles a su pueblo y le impulsó a ser grande sin orgullo.

—Permitirme cuatro letras sobre la biografía de Franklin. Yo no soy su historiadora, escuchar pues a su historiador.

«Este gran filósofo, físico y estadista norteamericano fué el décimo quinto entre los diez y siete hijos que tuvo su padre, Josías Franklin, tintorero de tejidos de seda nacido en Inglaterra, y que se trasladó al Nuevo Mundo a fines del reinado de Carlos II.

Veinticuatro años de residencia en Boston llevaba Josías cuando vino al mundo el futuro inventor del pararrayos. El tintorero de seda hubo de abandonar su oficio, que le producía muy poco, y estableció una fábrica de velas de sebo. Su nueva industria sólo permitía a Josías atender a las más perentorias necesidades de su numerosa familia, y, a pesar de sus deseos de dedicar a Benjamín al estado eclesiástico, en atención a las aptitudes que mostraba para los estudios, tuvo que renunciar a sus propósitos y emplear a su hijo en las operaciones más comunes de la fabricación de velas.

Mas aquella tarea era asaz ingrata para Benjamín, quien, desde que adquirió la instrucción elemental, mostró decidida vocación por el estudio y la lectura, aunque sólo podía satisfacerla en el corto número de libros que había en su casa. Afortunadamente, entre ellos se encontraba el de las *Vidas*, de Plutarco, y, como Napoleón, aquel obrero de diez años tomó por modelos y maestros a los grandes hombres de la antigüedad.

Aficionóse por aquel tiempo a la Marina, pero su padre puso el mayor empeño en disuadirle, y conociendo que Benjamín no estaba llamado a fabricar velas de sebo, quiso hacerle aprender otras profesiones mecánicas, tales como las de carpintero, tornero y cuchillero; pero el muchacho tampoco mostró afición a estos oficios, y a los doce años de edad entró de aprendiz en casa de su propio hermano Jacobo, que había traído una imprenta de Inglaterra. La nueva profesión fué del agrado de Benjamín, no por sí misma, sino porque le facilitaba los medios de satisfacer su sed de lectura; y, en consecuencia, firmó un contrato de aprendizaje en virtud del cual debía servir gratis a su hermano durante ocho años a cambio de la alimentación y al compromiso de que, al año noveno, percibiría el jornal de un obrero.

Pronto fué Benjamín un hábil cajista, y acrecentada su afición por la lectura, se privó de comer carne para comprarse libros con la economía que

resultaba de su frugalidad. Leía cuanto caía en sus manos; aprendió matemáticas sin maestro; leyó los filósofos de todos los tiempos, y a los diez y seis años era tan fervoroso admirador de Sócrates como de Pascal y Locke.

Deseoso de escribir algo, compuso unas *Baladas*, pero renunció a la poesía, cediendo a las amonestaciones de su padre, el cual le decía que rara vez los poetas servían para hacer cosa buena; y como por aquel tiempo fundó su hermano un periódico, el segundo que se publicaba en la América inglesa, ocultando su nombre envió algunos artículos que causaron gran sensación, y se contó entre los colaboradores hasta que su hermano descubrió al autor de aquellos notables trabajos.

Habiendo desagradado al gobernador general de la colonia uno de los artículos políticos de dicho periódico, Jacobo fué preso y se le prohibió la publicación de la hoja. Para burlar esta prohibición, Jacobo dió a su hermano el título de oficial de imprenta y la libertad del compromiso anterior (aunque por convenio secreto debía continuar sirviéndole de aprendiz gratuitamente hasta que terminase el contrato), y Benjamín fué el editor nominal del periódico.

Jacobo era violento y solía golpear a su hermano; y éste, no pudiendo resistir por más tiempo tan malos tratamientos, buscó trabajo en Boston y, no hallándole, emancipóse de su familia y secretamente se embarcó para Nueva York, sin dinero ni recomendaciones.

Allí—dice un biógrafo—como antes en Boston, no halló trabajo, y por mar se trasladó a Filadelfia en una mala barca, que inundó la lluvia, y donde le atormentaron la sed y el hambre. Fatigado, lleno de lodo, en traje de obrero y con un dólar (poco más de cinco pesetas), desembarcó al cabo. Compró en seguida tres panes y penetró en la ciudad, pasando por delante de la casa de su futura esposa, miss Read, que estaba a la puerta y a quien llamó la atención el extraño aspecto del forastero. Benjamín Franklin contaba, a la sazón, diez y siete años de edad y se veía abandonado a sí mismo. Logró ser admitido en el establecimiento de un mal impresor, llamado Keimer, y a fuerza de trabajo y habilidad pudo sacar partido de un material muy imperfecto. Ganó por esto las simpatías de Guillermo Keith, quien le propuso que se estableciera en la provincia de Pensilvania, en la que Guillermo era gobernador; marchó con una carta de Keith a pedir a su padre la cantidad necesaria para montar una imprenta, y como Josías no quiso dársela porque le juzgaba demasiado joven, regresó a Filadelfia y aconsejado por Guillermo, fué a Inglaterra a fines de 1724 para adquirir caracteres y una prensa; pero cuando llegó a Londres notó con sorpresa que las cartas de recomendación que el gobernador le había dado no se referían ni a sus asuntos ni a su persona.

Hallóse, pues, en la gran metrópoli sin dinero, sin crédito y sin amigos, pero no se desanimó por esto. Trabajó sucesivamente en los talleres de Palmer y Wall, los dos impresores más célebres de Londres, y como era sobrio y laborioso, empezó a hacer algunas economías. Al mismo tiempo que al estudio dedicóse a moralizar a sus compañeros de trabajo, exhortándoles a

que no bebieran licores espirituosos, y fundó una especie de asociación que, según parece, sirvió de modelo a las que posteriormente se establecieron en la Gran Bretaña.

Pasados diez y ocho meses volvió a Filadelfia, y habiendo logrado montar una imprenta con los fondos que aportó un asociado suyo, el cual no tardó en cederle sus derechos a cambio de una indemnización equivalente a 15.800 pesetas, gracias a su energía, a su talento y a su trabajo perseverante, la tipografía Franklin fué una de las más importantes de América: imprimió el papel moneda de Pensilvania y los documentos del gobierno de New-Castle y, animado con los primeros triunfos, acometió empresas que le enriquecieron al poco tiempo, a la vez que aumentaron el bienestar material y la cultura intelectual de su país. En efecto, fundó un periódico en el que combatió con ardor los abusos de la administración británica; estableció fábricas de papel; enseñó a sus compatriotas el uso de las estufas económicas, el empedrado y barrido de las calles y el alumbrado de las mismas durante la noche, y en 1732 fundó un gabinete de lectura, en el que los polítics de Filadelfia se reunían habitualmente. El público, animado por la iniciativa de Franklin, dió a aquel gabinete el carácter de biblioteca común, y aquel mismo año empezó a publicar el sabio, bajo el nombre de *Ricardo Saunders*, los famosos almanaques que se cuentan entre los mejores libros de moral práctica escritos en todo tiempo, y que valieron a Franklin gran popularidad.

En 1750 había casado con miss Read, y, sintiéndose feliz, quiso enseñar a los demás el arte de la felicidad, que hacía estribar en la virtud.

«La moral—decía—es el único cálculo razonable para la felicidad particular y el único fundamento de la felicidad pública; si los pícaros supieran todas las ventajas de la virtud, se harían honrados por picardía.»

El gran renombre que adquirió con sus almanaques, en los que se manifiesta claramente el espíritu sutil y profundo de Franklin, le valió ser elegido individuo de la Asamblea provincial de Pensilvania, y al poco tiempo director general de postas de la misma. Para desempeñar dignamente las funciones públicas, comenzó, sin maestro, a la edad de treinta y siete años, el estudio de francés, italiano, español y latín; y como estaba dotado de una memoria tan prodigiosa como su fuerza de voluntad, aprendía cuanto quería y no olvidaba nada de lo que había aprendido.

Uno de los primeros actos de gobernante fué la creación en Filadelfia de un cuerpo de bomberos y de una compañía de seguros contra incendios.

Cuando, en 1744, el gobierno inglés no tenía fuerzas para repeler las incursiones de los franceses en el Canadá, Franklin reunió 10.000 voluntarios, y se le quiso nombrar general; pero el gran filósofo no aceptó el cargo porque estaba ya entregado por completo a las investigaciones sobre la electricidad y al descubrimiento del pararrayos, invento que, por sí solo, hubiera immortalizado a cualquier hombre, pero que, en la vida de Franklin, no pasa de ser un incidente.

Mas, en medio de esas ocupaciones y de las propias del cargo público que desempeñaba, trabajaba con ardor para mejorar las condiciones socia-

les de las colonias inglesas y promovía la fundación de escuelas y bibliotecas, de hospitales para enfermos y de hospicios para los pobres.

En 1753 fué nombrado director general de postas de todas las colonias inglesas; y siendo preciso contener las invasiones de los indios, logró la aprobación de un *bill* para establecer una milicia voluntaria, y habiéndosele confiado una comisión de comandante, organizó un cuerpo de quinientos hombres y, a los cincuenta años de edad, soportando los rigores del más crudo invierno, vivaqueó en medio de la nieve y de las lluvias, que no faltaron, fué a la vez general e ingeniero y protegió eficazmente a la colonia contra los salvajes. El gobierno británico le recompensó quitándole el nombramiento de coronel que le había sido concedido.

Entre tanto, las relaciones que ligaban a Inglaterra con América eran cada día más tirantes, hasta que, al fin, estalló la guerra de separación. Franklin, a quien sus compatriotas habían mandado a Londres para protestar contra los abusos de la administración de la metrópoli, volvió a su patria y, elegido diputado al Congreso, trabajó con Washington para organizar la defensa del país, y con aquél, Jefferson y Juan Adams redactó el manifiesto de la declaración de independencia de 4 de Julio de 1776.

Mas, como faltaban recursos para la guerra, buscóse el auxilio de Francia, y Franklin, nombrado comisionado de los Estados Unidos, fué recibido en París con gran entusiasmo, y no sólo consiguió de aquella nación cuanto deseaba, sino que completó su obra diplomática ganando para su país el concurso de España y el de Holanda y la neutralidad de Rusia, Dinamarca y Suecia.

Finalmente, Inglaterra vióse obligada a firmar el 3 de Septiembre de 1783 el tratado definitivo que aseguraba la independencia de los Estados Unidos, y Franklin, que a sus gloriosos títulos pudo añadir también el de libertador de su patria, al cabo de ocho años de residencia en Francia, volvió a América, siendo llevado desde Passy al Havre, donde embarcó, en una litera que le prestó la reina, porque el mal de piedra que padecía no le permitía ir en carruaje.

Recibido triunfalmente en Filadelfia, fué elegido enseguida individuo del Consejo supremo ejecutivo y, dos años después, presidente del Estado de Pensilvania, al que representó en 1787 en la célebre Convención, presidida por Washington, encargada de revisar la Constitución de los Estados Unidos.

La enfermedad que le atormentaba obligóle a retirarse de la política y a guardar cama el último año de su vida, usando con frecuencia el opio; pero no fué el mal de piedra sino una pleuresía lo que acabó con la existencia de aquel gran hombre el 17 de Abril de 1790.

Sus funerales fueron magníficos e imponentes; el Congreso ordenó que toda la nación guardara luto durante dos meses, y en Francia, la Asamblea Constituyente, a propuesta de Mirabeau, acordó llevar tres días luto por Benjamín Franklin.

Turgot, que tuvo relaciones estrechas con el ilustre norteamericano du-

rante la permanencia de éste en París, escribió un verso muy conocido, pero que no podemos dejar de transcribir, porque resume admirablemente los grandes servicios prestados por Franklin a la ciencia y a la causa de la libertad:»

«(Arrebató el rayo al cielo y el cetro a los tiranos).»

—Y yo le añado. Le puso rieles a su pueblo, para caminar en pos de la grandeza sin orgullo: que equivale a decir: a caminar en pos del comunismo verdadero.

Su pueblo tiene presente a Franklin, el ejemplo suyo cundió entre los naturales del país, y le ha servido para hacerse doblemente poderoso, por el rendimiento de su trabajo y por la riqueza acumulada que el trabajo acarrea.

El, trabajador infatigable; se sacrificó en aras del trabajo y la ciencia, por su independencia particular, y por la independencia de su pueblo; que es la libertad bien entendida. Porque una cosa es ser libre y otra muy diferente es ser independiente. La independencia se gana siendo rico, y el dinero se gana siendo trabajador, y así es el pueblo norteamericano.

La independencia individual y la independencia nacional, se consigue con el trabajo constante moderado, que no llegue a rendir las fuerzas, ni a hipertrofiar los músculos por exceso de trabajo: ni tampoco a hipertrofiar el tesoro nacional, cuando de la independencia de una nación se trate.

La nación que hipertrofia su tesoro, con gastos superiores a sus reservas, después lo hipoteca y más tarde se arruina. Este es el caso de Rusia actual, que se volverá paria, si las demás naciones no lo evitan. ¡Malo es acosar al león hambriento! Rusia está caída y hay que darle la mano con amor; por agradecimiento, ella rectificará. Actualmente constituye la amenaza del mundo.

—El hombre que trabaja diariamente, consigue lo necesario; lo mismo que la nación que trabaja, tiene lo bastante y a veces consigue grandes reservas en el tesoro nacional, que le permiten, mediante honrada administración, gastos extraordinarios para el mejoramiento común de sus súbditos. Este es el caso de Norteamérica.

El yanki, trabaja siendo rico, más que el pobre; siendo go-

bernante, más que el gobernado: este es el camino a seguir y el ejemplo a imitar.

En este pueblo poderoso, por el desenvolvimiento y generosidad de las riquezas, sus obreros tienen radio, pianola, auto y comodidades en su hogar; que en la mayoría del resto de los países del planeta no alcanzan las clases medias.

Lo mismo se contagia la holgazanería, que la laboriosidad; es allí un afán general al trabajo honrado, pueblo a quien siempre sirvió de guía y se miró como en un espejo, en su libertador modelo de hombres laboriosos: deduciréis por este hecho, que un sólo hombre de buena voluntad transforma un pueblo.

—Si el comunismo hubiera tomado en su mano el «candil de Diógenes», para buscar el pueblo más opuesto, menos propósito y menos preparado para introducir el comunismo, hubiera elegido a Rusia. Y así lo ha ejecutado.

Rusia, es un país con escasez de vías de comunicación y con insuficiencia de centros de instrucción; un pueblo donde no hay exceso de vías de comunicación y de medios de cultura, está incapacitado para ejercer el comunismo. Rusia, puede algún día llegar a ser comunista, pero en la actualidad es tirana, régimen tradicional de la misma durante muchos siglos.

No quiere decir comunismo, que todos vayan vestidos de uniforme manera, a estilo colegial; la indumentaria uniforme es nada, cuando el pensamiento, el impulso y los sentimientos no son unánimes. Sigue siendo tan imperialista y tirana como en tiempos del Zarato, con un poder autoritario sin corazón: más ahora imperan en ella la brutalidad, el libertinaje y la ignorancia.

Rusia, lleva el camino de ser la nación paria, si las demás naciones la dejan de su mano y la abandonan a sus propios recursos.

Acabaremos por ver emigrados por el mundo, a la mayoría de los rusos, en estado indigente; sin hogar: por donde quiera que fueren sembrarán la penuria de la humanidad e incendiarán el mundo a la rebeldía sanguinaria: que si bien a ellos les está permitido y aún tiene razón, «pues a grandes males, grandes remedios», las demás naciones no deben imitarla, porque en ningún país de Europa, ni del resto del planeta, existió régimen

tan cruel como en el suyo. Es mejor favorecerlos y que se queden en su casa.

Rusia, es actualmente como un hijo de un rico, que se queda huérfano, pobre y sin instrucción; pero que tampoco se adapta a ser criado, porque antes fué hijo de un gran señor. ¡Es lástima lo que está pasando en Rusia!

Hay que darle la mano, de lo contrario se trocará más tarde, en implacable enemigo de la humanidad; ya que lleva años de ser la pesadilla del mundo.

No es conveniente la represalia que las naciones ajenas, han tomado contra ella, en la apostura de aislarla, estrecharla y arruinarla. La causa de Rusia, es causa mundial o la causa de todos, hay que darse cuenta exacta de ello para no errar.

Cuanto más ignorante es el hombre, es también más egoísta, y Rusia, por egoísmo, no se dejará morir; acabará por ser la mosca volante, que segará la vista de los hombres y no los dejará ver claro el comunismo verdadero.

El comunismo llegará cuando suene su hora, y ha de hacer su entrada por amor y en medio del mayor recogimiento.

No se intentará ningún ensayo serio sobre comunismo, mientras las naciones se armen unas contra otras y siga amenazante el fantasma de la guerra mundial.

Tiene que llegar primero el desarme general, pero no se llegará al desarme, sin la sumisión completa de las Colonias, a sus respectivos países colonizadores. A la hora del desarme general, se concederá a las Colonias que se hallen en condiciones, la independencia, a cambio del mismo desarme.

Hay que instruir las Colonias primero, para convencerlas del bien que representa la civilización; una vez instruídas, y en condiciones de subsistir por sus recursos propios y por su trabajo, entonces será oportuno el desarme; tras el desarme se impondrá el comunismo. Comunismo y barbarie son incompatibles.

Por esta causa los comunistas verdaderos, han visto siempre tan distante su ideal, en nuestros días de guerra, irrealizable; en días de paz mundial, será fácil el ponerlo en práctica.

Por razonamiento y por amor, sin disparidad de criterios, y por convencimiento de todos los hombres directores de nacio-

nes; unidos en una Sociedad de Naciones, de más poder positivo que la actual, que no sale de tanteos.

En el régimen comunista, los hombres serán hijos de sus padres y ahijados del Estado, éste cuidará esmeradamente por el bienestar de todos ellos, limitando a los padres, la patria potestad sobre los hijos, en aquellos casos que compruebe perjudiciales para su desarrollo físico, moral o educativo.

Bajo el régimen comunista, gastarán blusa para el trabajo, americana para paseo, y traje de etiqueta para grandes fiestas; cada uno conforme al gusto y color que le agrade. No ha de ser el comunismo, el que vista a todos de un mismo uniforme, como si fueran asilados, soldados, escolares o delincuentes de un penal. ¿Qué le van los riñones, a comer uvas!?

El comunista, ha de ser por conocimiento y nada tiene que ver con el convencimiento, la vestimenta exterior.

Las naciones que se encuentran más distantes del comunismo, son: Rusia, China y Méjico, si acaso se encuentran más cerca de la anarquía, sin orden y sin seguridad.

—Los católicos de Méjico, no son cristianos: cristiano quiere decir discípulo de Cristo, él se dejó matar y no mató a nadie; el que pretenda ser cristiano, ni ha de matar, ni siquiera empuñar espada. No es de aplaudir la persecución de los católicos mejicanos, pero no debe dejar de reconocerse, que la constante provocación agresiva de ellos, los hace acreedores a la persecución de que son objeto por parte de su Gobierno, que se ve obligado como todo Gobierno, a reprimir el desorden.

De lo contrario se negaría a sí mismo y si no lo pusiera, daría origen a una intervención exterior, que originaría dos cosas: una guerra exterior y el someter a Méjico a un proteccionismo, que le privaría de su independencia.

—Interpretando el comunismo en su más pura esencia, sin mezcla de pasiones; es el ideal bienestar material y espiritual del hombre, de la familia y de la sociedad: el sumun bienestar de todos, sin perjuicio de ninguno, y sin que tenga que desaparecer el hombre ni la familia. Sin fusilamientos, sin penas de muerte y sin guerras; estos tres azotes de la humanidad, no pueden vivir en el régimen comunista.

Este colmo de bienestar, no lo puede alcanzar ninguna na-

ción que sea holgazana, pobre y mal organizada. Norteamérica, es la nación más trabajadora, más rica, mejor organizada y la más bien gobernada, por eso está cerca del verdadero comunismo.

Con poco esfuerzo se haría comunista. Bastaría una ley que gravara la herencia fabulosa con un impuesto muy crecido, al hacer la transmisión a los herederos. En cambio, esa misma ley no debería gravar las fortunas medias al hacer la transmisión, pues consideradas como necesarias para el bienestar social de las familias, habrían de respetarse.

Con el exceso de capitales millonaristas, el Estado se desenvolvería mejor en su papel de proteccionista del ciudadano. Extremando la atención de los niños, de los huérfanos, de los ancianos, de los enfermos y de todo pobre industrial que necesitara el auxilio del Estado, llegaría Norteamérica, a la nivelación del bienestar material.

Con respecto a jerarquía hereditaria, poco tendría que trabajar, pues es sabido que a este respecto le queda poco que deshacer. El yanki mide el honor y el valor en sí mismo, y no cree en las jerarquías hereditarias, allí han llegado estas al máximo descrédito, porque la jerarquía del capital las ha derrotado.

Ahí están las yankis para demostrarlo: si la yanki se fija en jerarquías le pide a su padre: «Cómprame un príncipe»; con la misma seguridad que una europea rica le dice a su padre: «Cómprame un automóvil»; segura de obtenerlo. Todo porque el poder del dinero es muy positivo. Pero en el alma de la yanki no existe respeto de jerarquía, existe un capricho igual al de la niña que dice: «Cómprame un juguete».

Sabido es que los niños desean los juguetes para romperlos y con el mismo fin compran las jerarquías los norteamericanos, también para romperlas. Miden y respetan al hombre por su valor y méritos personales, pero no el mérito de sus antepasados; y la sociedad comunista hará igual.

Allí no hay más que dos jerarquías: la de millonario y multimillonario. Estas dos jerarquías las derrotaría el Estado Norteamericano, si se lo propusiera.

Sin destruir más que las jerarquías y la fortuna fabulosa, es como se llega al comunismo: pero reinando un orden de

buen gobierno, honrada administración y dentro de una comunidad de hombres laboriosos, honestos y moderados en sus costumbres.

Este es el comunismo que yo conozco y el que tengo por verdadero.

—El mundo entero está obligado a escarmentar en el ensayo del comunismo anárquico de Rusia, a favorecerla y ayudarla a salir de ese estado de penuria, ya que el escarmiento de todos, les cuesta a ellos tan gran sacrificio.

CAPÍTULO VI

Definición de la Anarquía

Anarquía es una situación sin orden ni gobierno: ya sea en el seno de la familia, de la sociedad, de la provincia o del Estado.

Sobrevienen los estados anárquicos por la impotencia de la autoridad: ya sea por unas horas, por unos días, o por unos años: y se opera la reacción por el cambio de gobernantes; pues como es moneda fiduciaria, una vez perdida la fe en ella, hay que sustituirla, y el gobernante es lo mismo, como su oficio es de fe, en cuanto el pueblo pierde la fe, hay que sustituirlo.

La impotencia consiste en que la autoridad por su descrédito propio, no es escuchada por los que son llamados a obedecer. El descrédito puede ser con fundamento, o fraguado por las acechanzas de la envidia, lo cierto es, que una vez desacreditados los políticos, se encuentran incapacitados para gobernar.

Con los sistemas de gobierno pasa igual, una vez desacreditados, todos lo repulsan y hay por tanto que sustituirlos. En las consultas que «A B C», hace a los hombres que cree de más criterio, sobre: «¿Cómo debería organizarse el futuro régimen?» Hay en todos los consultados un punto de coincidencia, dicen que no debemos volver al estado anterior al adveni-

miento del Directorio, (dicho sea de paso) ha sido una dictadura muy benigna, diga después la historia lo que quiera.

Bien distinto es el socialismo, el comunismo, otra muy distinta la república y muy diferente de todas ellas la anarquía; pues anarquía es ausencia de Gobierno y de orden gubernamental: así que nunca me he explicado por qué razón hay tantos hombres que confunden estas cuatro palabras y las creen de un solo significado.

Puede afirmarse, que la anarquía en España, empezó antes de mil novecientos diez y siete, y antes también de los sucesos de Madrid.

El descrédito de los gobernantes españoles crecía de día en día, ya digo que el descrédito podía tener fundamento o no tenerlo, (yo esto no lo puedo precisar); pero como los políticos son administradores del pueblo, cuando el pueblo pierde la fe, quedan incapacitados.

Desacreditados todos, se sucedían los gobiernos de mes en mes, agudizándose estos períodos de inestabilidad gubernamental; llegando a serle a España tan frecuente cambiar de gobierno, como a sus habitantes mudarse de ropa limpia.

Desde mil novecientos diez y siete, hasta mil novecientos veintitrés, España pasa por un período de anarquía intermitente y benigna, pero anarquía al fin.

La revuelta del diez y siete mete en la cárcel a un comité de huelga, que sale de ella, para ocupar un escaño en el Congreso. Los societarios votan a éstos por imposición, pero el hecho de sufrir condena, ya los había incapacitado y nada grande ni de provecho podían hacer en bien de España.

A ver si se enteran los obreros, que los hombres que les representen tienen que ser inmaculados y de que los gobernantes una vez elegidos por el pueblo, son menos que el pueblo que los eligió: no los endioseis porque se llenan de soberbia y empiezan a cometer errores en perjuicio de ellos mismos y en perjuicio de todos. No me cansaré nunca de repetirlo, el mal de la política consiste: en elegir hombres desacreditados; desacreditarlos por envidia; o endiosarlos haciéndoles padecer el error, de que son superiores al pueblo que los ha elegido.

Otro brillo nos luciría si estos tres errores de la política

desaparecieran. Cualquier régimen es bueno con hombres sencillos, sin soberbia, bien impuestos de su deber, y con recto juicio para administrar justicia. El deber del gobernante es un deber de honor y de sacrificio, el que no esté dotado de estas dos cualidades, no debe aspirar a gobernar y si aspira, no debe ser elegido. En España, carecemos de criterio político; por la poca atención que los ciudadanos españoles ponen en defender sus derechos, y el poco interés en elegir sus administradores; luego vienen las lamentaciones cuando no tiene el asunto remedio: es cobardía lamentarse de los atropellos de un derecho, que no se ha sabido defender. Y además es infantil.

¿Pasa España por un período de infancia política? Si no lo pasa, por lo menos lo aparenta.

—La campaña de Andalucía, iniciada en Granada, el día 5 de Febrero, tuvo repercusión en casi toda España, dándose el caso de que protestara contra el caciquismo, Almería, que está exenta de este mal: allí por las silbas es imposible que arraigue.

Las célebres silbas de Almería, consisten: en que cuando un personaje no agrada al pueblo, éste se pronuncia contra aquél; ha habido pitas o silbas de cuarenta y ocho horas, haciendo el descanso imposible dentro de la ciudad.

Al mismo tiempo que las protestas de la prensa, el pueblo unánime silba con pitos, silbatos y sirenas de barcos; pítan en los balcones, en los patios, en las esquinas y desde las azoteas: siendo imposible a las autoridades imponer silencio en las primeras veinticuatro horas, pero antes han surtido su efecto. Tan pronto da la prensa la noticia de la dimisión del personaje, callan los silbatos y queda Almería como un remanso.

—Tuve ocasión de enterarme de estos detalles cuando visité Almería, en un viaje que hice por Andalucía y Levante, con el propósito de recoger los «Anhelos de España», dispuesta a proseguir por toda ella visitando las cuarenta y nueve provincias y los pueblos de alguna importancia, para después darlos a la estampa en un libro que empecé a escribir y que no sólo no he terminado, sino que quizá mi situación económica no me permita concluir. El libro se titula, «Anhelos de España». En él recogía datos curiosos determinativos del genio propio de cada provincia, tales o semejantes al de las silbas de Almería, que

acabas de conocer y los anhelos, de cada pueblo o provincia.

Cada uno pedía conforme a su perentoria exigencia: un puente, un pantano, un ferrocarril directo, un puerto, un instituto, grupos de escuelas y casi todos ellos aguas potables, por carecer de ellas y como medida sanitaria de primordial necesidad. Tengo anotados detalles curiosísimos, en extremo interesantes, que recopilados y examinados todos ellos, hubieran sido de gran provecho.

—Voy a darte detalles que determinan el carácter de dos pueblos, que siendo de una misma provincia y hallándose a una distancia de dos kilómetros escasos, son muy diferentes, sujetándolos a un examen. Por haber hecho el recorrido a pie desde Abarán a Cieza, que son los dos pueblos de la provincia de Murcia, que quiero compararte, calculo que la distancia que los separa será de dos kilómetros escasos.

Me era molesto viajar en tartana y de un pueblo a otro, no había por aquellos días más medio de locomoción, que en la provincia de Murcia, se usa mucho y aun en la capital misma había tartadas de lujo en la primavera de mil novecientos diez y ocho; ahora que impera tanto el automóvil, no sé lo que habrá sido de aquellas desventuradas tartanas que a mí me eran muy desagradables; por esto hice el recorrido a pie y también por ser un día de espléndida primavera que invitaba a caminar. La tartana iba detrás con el equipaje.

Estando los dos pueblos tan cercanos, Cieza es el reverso de Abarán.

Abarán, está situado en una colina y tiene el aspecto que presenta la situación de la Alhambra, vista desde la Carrera del Darro, ahora que está exento de su aspecto grandioso con relación a la suntuosidad arquitectónica que presenta la Colina Roja, por sus arábigos palacios, despojos opulentos de la civilización árabe. Sin embargo, visto Abarán, desde la margen opuesta del río Segura, a cualquier granadino le recordaría por su semblanza la situación topográfica de la Alhambra: así como ésta se asoma al río Darro, aquel pueblo se asoma al río Segura, éste más caudaloso que nuestro Da Oro.

Abarán es un pueblo limpio, educado, respetuoso con propios y extraños. Hay entre sus moradores muchos ambilingües,

pues siendo un pueblo productor y exportador de frutas frescas, secas y en conserva; muchos son los que hacen al año uno o dos viajes al extranjero y por esto también hay muchos hombres que hablan uno, dos y hasta tres idiomas, que le son necesarios para la venta de sus artículos y para la compra de mercancías extranjeras que a su regreso introducen en España. Es un pueblo pequeño, pero rico y hospitalario comparable a los pueblos del Norte de España.

Un oasis comparado con otros muchos pueblos del resto de la península, que son sucios y mal educados, porque si bien no tienen los dos defectos, con uno solo basta para hacerlos desagradables al visitante.

—Recuerdo de mi estancia en Alcoy, pueblo tres veces mayor que Abarán y otras tantas veces más industrial y fabril que aquel, haber visto dos hombres de vestimenta extrafalaria y de aspecto extranjero, enarbolando sus bastones contra los chiquillos del pueblo que les seguían y les fastidiaban. Las personas mayores tuvieron que intervenir para que los niños dejaran en paz a los forasteros, y este poco respeto de los niños, me previno algo de la ineducación del pueblo de Alcoy, provincia de Alicante; me desagradó porque es uno de los más fabriles que tenemos tratándose de pueblos y lo esperaba más cortés. Los niños son los que dan la verdadera nota de respeto, cuando un pueblo es sabiamente educado: las personas mayores a veces guardan cierto respeto social, más que por educación, por conveniencia y artificio.

—En Abarán, los niños respetan a los mayores, sean propios o extraños, las flores, los pájaros, los animales en general y la higiene. Las personas mayores son corteses y respetuosas y tienen esmero en la higiene.

Tienen un puente que no está asfaltado, ni las calles lo están; pero las barren y riegan dos veces por día y aunque son de terrizo, ni se ve una piedra levantada, ni una cáscara, ni un papel. Se recibe agradable impresión después de haber visto otros donde las basuras se amontonan en las calles.

Durante mi conferencia en el teatro de Abarán reinó un silencio, que más que silencio era recogimiento, se hubiera sentido el vuelo de un insecto.

Para evitar el ruido, los mayores se oponían a que asistieran los niños a escuchar mi conferencia. Por indicación mía y para complacerme, asistieron los niños; ya digo que hubo recogimiento a pesar de la asistencia de los niños, que acabó de convencerme de la educación de aquel pequeño, pero dichoso pueblo, que parece el paraíso de la tierra. Allí no hay ningún mendigo, todos trabajan y alcanzan lo necesario para vivir sin molestar al prójimo.

El tema de mi conferencia versó sobre el sistema ortográfico descrito en mi libro «Idearium Futurismo» que está impreso sin las consonantes, c, H, qu, v, x, y z, y se lee perfectamente con clara transmisión de pensamiento.

—Tomaba notas de los deseos de cada pueblo.

Abarán pidió un grupo de escuelas elementales, pues según propósitos de los directores del pueblo, tenían empeño en afianzar la segunda enseñanza y también deseaban una escuela de artes y oficios.

—«De lo demás estamos bien. No ha mucho le ganamos a Murcia, con ser la capital y nosotros tan pequeños, un pleito sobre las aguas del río Segura y ahora son de regadío nuestras tierras que antes del pleito eran en su mayoría de secano.»

Encomiaban su obra con gran satisfacción. Me llevaron hasta la gran caseta donde se encontraban instaladas las máquinas y bombas que efectúan la elevación de las aguas desde el Segura, hasta la colina en donde está enclavado el pueblo; obra gigantesca para un pueblo tan pequeño, conseguida solo por la unión de capitales y el acuerdo unánime de todos los propietarios de terrenos secanos, que habían unido su esfuerzo y su dinero con un éxito resonante.

—El director de *El Liberal* de Murcia, que lo era entonces el difunto poeta Gara Carrillo, me había invitado a visitar el pueblo y me impuso sobre el pleito que Abarán ganó a Murcia.

Yo visité a Gara Carrillo, para que informara sobre mi sistema ortográfico, y que pusiera dos letras en un album, y él amable puso en él las que doy a continuación, porque creo que se escuchan siempre con interés las palabras de los muertos.

«He leído la obra «Idearium Futurismo» de la notable escritora Agustina González López. Dicha obra es un avance atrevi-

do, pero lógico, para llegar al ideal del tan disentido problema ortográfico en el habla castellana, presa aún en las redes de las etimológicas reglas greco-latinas, como si se pretendiera que un idioma vivo y lozano viviera de la savia ortográfica de los muertos.

Es una anomalía y pensando esto la ilustre pensadora que escribió ese «Idearium» ha resuelto la simplificación del lenguaje escrito en términos, de que ellos tienen que ser el código de la enrevesada ortografía castellana.

Yo la felicito efusivamente por su acertado método.

Gara Carrillo

Director de *El Liberal*.

Murcia 16 Mayo de 1918».

Está sellado con el sello de *El Liberal*.

—Cieza, está situada en un valle y es un pueblo mayor que Abarán. De aspecto sucio y poco educado. Los niños atareados en alcanzar nidos, apedrear perros y ahorcar gatos; se reían y curioseaban a los forasteros. Los ví cortar las flores y deshojarlas por capricho de hacer daño y molestar a los dueños del jardín o huerto.

Cuando entraron en el teatro los ciezanos, formaron ruido de batallón; y tuve que esperar ocho minutos para que se colocaran en las localidades y que guardaran un relativo silencio, relativo nada más.

Cuando les interrogué acerca de sus anhelos, me dijeron: «Pida usted un cuartel de Guardia civil, porque aquí con dos o tres parejas es poco; el carácter de los ciezanos es muy brusco y por raro milagro pasa una semana que no haya una riña sangrienta o un alboroto en el pueblo.

Las personas pacíficas vivimos en constante sobresalto».

—Dejo el comentario a tu elección. Pero por la diferencia existente, entre Abarán y Cieza, puedes calcular el interés que hubiera tenido mi libro «Anhelos de España» una vez terminado.

Si te parece que una vez terminado no hubiera sido de interés para tí, entonces puedes pensar en la diferencia que existe entre tu parecer y el mío.

Yo me intereso por mi casa, más que por la casa del vecino;

en tratándose de España, me interesa más la Gasnatilla, que las ciudades de París, Londres o Berlín. Me gusta conocer España, para defenderla en el extranjero. (La Gasnatilla es un pueblecito cercano a Motril, poco más grande que una aldea). Esto no quiere decir que yo sea patriotería ni que por eso deje de ser cosmopolita. En el corazón humano existe un rinconcito para cada uno de los amores.

—Me extrañó sobremanera que Almería protestara contra el caciquismo, sabiendo que allí no arraiga. Después supe que la protesta de Almería, había obedecido tan sólo a la simpatía que le profesa a Granada.

La protesta de Córdoba que originó el derrumbamiento de una estatua y las protestas de Madrid y otras capitales; el cambio de gobierno y el destierro de muchos personajes políticos. ¿Qué eran sino anarquía? Sobrevenía la anarquía por el descrédito de los políticos.

Las protestas de Cataluña y el movimiento separatista. ¿Qué eran sino anarquía?

—En las temporadas que había vivido en Madrid, había visto catalanes, que pasaban semanas y semanas esperando expedientes que no se les tramitaban, y como el carácter catalán es activo y trabajador, concuerda mal con el carácter madrileño, pasivo para el trabajo y activo para las recreaciones. El madrileño es inclinado al bullicio y la francachela. Dígalos si no un letrado que hay en uno de los merenderos de «Las Ventas»: «Aquí se está mejor que en el Este». El letrado es alusivo al cementerio del Este y quiere decir: «Aquí se está mejor que en el cementerio».

Allí, en efecto, sin entrar siquiera, desde la puerta, se ven parejas y parejas que bailan apretado, el típico schottisch madrileño; que para que sea bien bailado, no debe bailarse más que sobre una loseta. Habrá simpatizantes, yo no lo dudo; pero nunca entré ni por curiosidad en ningún merendero de «Las Ventas», entre otras cosas porque presentan un aspecto sucio cuando no repugnante.

Ya había visto los dos merenderos de más lujo de la Bombilla y no tenía curiosidad. El baile no me gusta y nunca voy donde se baila, a no ser por curiosidad, mas siempre me pone

de mal humor. Me arde la sangre contra la inmoral costumbre del baile, que tolera tan mansamente que se abraza la juventud en presencia de todos, queriendo después reprimir brutalmente los deseos y excitaciones que produce, puesto que los que bailan son de carne y hueso y no de palo.

Considero el baile inmoral, provocativo y perjudicial para las buenas costumbres de la sociedad, originario de no pocos enfermos de sensualismo. En una palabra, no me gusta ni me parece bien y le pondría una contribución muy elevada, solo al alcance de los viejos ricos. La juventud si está sana y no está prostituida: ¿Qué necesidad tiene de bailar?

Por muy recatado que el baile sea, es el estado anárquico de la moral. Se llame el baile como se llame, su verdadero nombre, es: anarquía de la moral.

—Por los corredores del hotel, ví a los catalanes muchas veces, con los brazos en alto y apretando los puños, decían: «Luego quieren que no seamos separatistas. Que nos den cuando menos la autonomía de Cataluña o nosotros la tomaremos por nuestra cuenta».

Siete meses llevaban de ir y venir de Barcelona a Madrid, gastando dinero en la estancia, en viajes y sin conseguir que el Ministerio de Hacienda, les despacharan no se qué expedientes, que tenían solicitados y que necesitaban para la buena marcha de su industria o negocio, que debía ser rico por el lujo que gastaban aquellos dos catalanes, que estaban a cuenta mitad en los negocios.

Los oía protestar desde su habitación que estaba separada de la mía por un tabique. A veces blasfemaban de Madrid, de la administración central y del carácter perezoso de los madrileños.

El desorden administrativo. ¿Qué era, sino anarquía?

—Yo salí a dar voces por la calle el día cinco de Febrero de mil novecientos diez y nueve, con idea de ayudar al éxito de la protesta que la mayoría de Granada, había iniciado contra determinados políticos locales, caciques a juicio de la mayoría.

¿Qué reinó en Granada por aquellos días y semanas después? ¿Qué era aquella situación sino anarquía?

Aquellos políticos desacreditados estaban y su descrédito,

la envidia de algunos más que desenfrenada y la impotencia de los mismos para gobernar, originó unos días de anarquía, que hubieran sido mayores de no recaer en mí la responsabilidad que incumbía a más de cincuenta mil habitantes. (Suponiendo que las fuerzas vivas que integraban la manifestación, no representaran más que a cincuenta mil habitantes).

De haber sido yo una mujer perturbada o simplemente de instintos anarquistas y sanguinarios. ¡Ríos de sangre, hubieran corrido por las calles de nuestra ciudad, pues mi presencia solamente enardecía los ánimos de las gentes! Por mi continencia, se contuvieron todos.

Que fué innecesario lo que aconteció después, es cierto, puesto que ya se había conseguido el verdadero propósito, se pudo evitar que hubiera víctimas. Ya está hecho, aquellas tres víctimas, víctimas nuestras son. Entre tantos como éramos, repartida la responsabilidad, tocamos a muy poco. Pero no me negaréis que aquello fué «el apretón del flojo».

En cambio las víctimas morales de aquel pleito político, víctimas son de su propia causa si la hubo y si no la hubo, que fué la envidia de algunos la que determinó el descrédito. ¡Víctimas son de los envidiosos que falsearon la verdad! Yo por mi parte ni tuve, ni tengo nada con ellos, sino el deseo de servirles, si pudiera particularmente serles útil en algo.

Con verdad o con mentira, estaban desacreditados y por tanto imposibilitados para gobernar.

Hago honor a la verdad, si digo que me animaron a salir dando voces por la calle, dos propósitos: el de ayudaros en vuestra empresa y el de haceros notar la diferencia que existía entre la ciudadana pacífica y la verdadera loca.

Desde aquel día mucha parte de la opinión rectificó y oí decir que yo no estaba perturbada, sino que era una mujer de ideas avanzadas. En cuestión de ideas ya he dicho y repito, que camino por la derecha de la izquierda, sin interrumpir el orden, pues desde luego ni soy envidiosa ni anarquista y por añadidura distingo bien lo que es la verdadera anarquía. Antes lo contrario, demasiado pacífica y sufrida, dígalos si no los veintitrés años de *locura social*, que he padecido, sufriendo desde luego; pero con serenidad y resignación; aguardando siempre el mo-

mento para justificarme y justificaros a vosotros, libertándonos todos de ese fantasma de la *locura social*, que no nos acarrea más que sufrimiento.

—No quiero que se me olvide, el mal concepto que en España tienen a la palabra república o republicano.

Como todo efecto tiene su causa originaria, el descrédito que el concepto república tiene entre los españoles, obedece a que la república habida en España, no fué bien consolidada, sino un estado anárquico y una guerra civil, con pretensiones de consolidar la república, que vino abajo porque ni el pueblo la apetecía, ni estaba preparado para el cambio brusco que se operó. Así que cuando en España hay algo en desorden o en anarquía, se dice: «¡Esto es una república!» Mal dicho.

Para rectificar ahí tenéis tantas; las de Norte América y las de Sur América y en Europa también las hay buenas; en todas ellas reina un orden perfecto y aseguradas las vidas y haciendas de sus súbditos. Si en alguna no reina orden es porque está en anarquía; que ya hemos quedado en que socialismo, comunismo, república y anarquía, son estados muy diferentes, y en que cualquier estado se puede desordenar y entrar en franca anarquía; por el descrédito de sus gobernantes, por el descrédito de su régimen o por otra multitud de causas, detrás de las cuales se esconde la envidia y la zizaña de los malos, para quitar la paz a la nación.

La república que más me agrada es la Yanki, porque la veo plena, segura de sí y amparadora de no pocas buenas venturas.

Errata.—En la página 5 y bajo el título de «La portada», me refiero al célebre pintor Rembrandt y no Bembrandt como dice.



1002120292